

La Ilustración Artística

Año XXVI

BARCELONA 12 DE AGOSTO DE 1907

Núm. 1.337



ESTATUA ECUESTRE DEL GRAN ELECTOR, obra de Andrés Schlüter (1664-1714),
monumento erigido en 1703 en el puente del Elector, de Berlín

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *El célebre pintor inglés Joshua Reynolds*. — *La mentira sospechosa*, por E. Marquina. — *El acorazado inglés «Bellerophon»*. — *La Haya. El Palacio de la Paz*. — *La carrera automovilista Pekín-París*. — *Consejo de vecinos de San Carlos (Fernando Poo)*. — *Medalla conmemorativa*. — *Marruecos. Los sucesos de Casablanca*. — *Nuestros grabados*. — *Problema de ajedrez*. — *El marido de Aurette*, novela ilustrada (continuación). — *Valencia. Los juegos florales del Rat Penat. Llegada del Sr. Kindelán*.
Grabados.— *Estatua ecuestre del Gran Elector*, obra de A. Schlüter. — *Joshua Reynolds*. — *La condesa de Athemarle*. — *La edad de la inocencia*. — *Retratos*, obras de J. Reynolds. — *San Cosme*, estatua de Fra Angelo Montorsoli. — *Marruecos. Vistas de Casablanca*. — *El acorazado inglés «Bellerophon»*. — *La Haya. M. Nelidoff poniendo la primera piedra del Palacio de la Paz*. — *Carrera automovilista Pekín-París*. — *Cantar ilustrado*, cuadro de R. Brugada. — *Diana*, cuadro de J. Papperitz. — *Fernando Poo. Consejo de vecinos de San Carlos*. — *Buenos Aires. Medalla conmemorativa*. — *Valencia. Los juegos florales del «Rat Penat»*. — *Llegada del capitán Kindelán*. — *La comida del obrero*, cuadro de L. Frederic.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Toda la suma de emotividad bullanguera que hay disponible en España—y no es poca—se ha derrochado estos días con ocasión del peligro mortal corrido por un joven aeronauta, cuyo nombre rueda acariciado por la fama amiga de los mozos, y cuya terrible odisea aérea y marítima daría asunto a una novela más del fecundo y sensacional Julio Verne.—La ovación al capitán Kindelán lleva un sello de alegría, humanidad y cordialidad que la hace recomendable. Cuando los periódicos vienen atestados de inhumanos crímenes, de actos de barbarie contra criaturas inocentes, contra mujeres indefensas; cuando parece que se desencadena el instinto bestial, en vano combatido por tan larga serie de morales, civilizaciones, leyes y represiones de toda índole, es sano, es higiénico ver demostrar contento ilimitado al divulgarse la salvación de una vida ajena, una vida en su esplendor—la vida de un hombre animoso y tranquilo, como tienen que serlo los navegantes del aire.

El joven capitán puede decir que ha sufrido una desgracia con suerte. Su aventura *vernesca* le ha hecho popular en veinticuatro horas. Lo que no consiguió, en dilatada existencia de asiduo trabajo de gabinete, el filólogo y gramático D. Eduardo Benot, un sabio de los más auténticos que por aquí hemos poseído, y que acaba de morir, lo consigue un muchacho resuelto, en el tiempo que tarda un globo en perderse y recobrase.

Siempre, en toda empresa, por bien calculada y combinada que esté, hay una parte—y es la mayor—que queda encomendada al destino. El capitán Kindelán, hoy objeto de la atención, del afecto y del aplauso de España y casi diré que de Europa, es seguramente un campeón sin miedo y sin tacha, y su conducta, en todo el episodio, puede calificarse de alentada, bizarra y digna. Pero los otros aeronautas de la misma expedición están probablemente en iguales condiciones de gallardía y corazón esforzado. Yo conozco alguno de ellos, y consta que posee el valor en grado de locura. No dudo, pues, que si en vez de tomar tierra felizmente los compañeros de Kindelán son arrastrados por el viento hacia el mar, hubiesen realizado en lucha con los elementos iguales ó parecidas proezas. El instinto del honor y del deber y el de conservación, mancomunados, defendieron al capitán; iguales instintos, exaltándose en idénticas circunstancias, hubiesen defendido á los otros tripulantes de aerostáticos, en quienes pienso al ver que nadie se acuerda de ellos ahora, lo cual no es justo...

¡Cómo cambia, al través de las épocas, la estética de la acción! En otros tiempos, el «bello gesto» era el fendiente, el gran golpe de montante que parte á un jayán por medio, el revés que descabeza al endriago, y ahora es confiarse al aire en un aparato ligerísimo, surcar el espacio y caer donde Dios dispone, estrellándose ó no haciéndose el menor daño, según quiere la casualidad, porque no existe modo de preservarse. Hay, sin embargo, una estrecha afinidad entre las aventuras contemporáneas y las viejas aventuras; y es el ser aventuras todas. Tan aventurero es Kindelán como don Quijote, Amadís de Gaula y Belianís de Grecia. Que se busquen aventuras al través del aire ó por tierras áridas, remotos imperios, comarcas extrañas é insulas fabulosas, se aspira igualmente á romper el encierro corporal, á salir de lo estrecho y mezquino del vivir diario, y esa aspiración ensoñadora es la que guía al caballero andante ó volante.

¿Habéis mirado atentamente, por casualidad, una de esas «copas de honor» que se dan como premio en regatas, concursos hípicas ó cualquiera otra solemnidad deportiva? Son enormes las tales copas, y se alzan sobre un pedestal de madera barnizada ó de

mármol negro, que les acrecienta todavía la alzada. Llevan, en un escudete, un rótulo, y en el vaso y pie, algunos resaltes, astrágalos y festones. Son desmedidas, feas y vulgares, pero cuestan miles de pesetas. Tienen un falso aire británico, y pasan por la quintesencia de lo elegante.

¿Por qué este premio y no otro? Hondo misterio de esa vida esportiva que no entenderé nunca, porque no me atrae, y lo que no me atrae me llega difícilmente á la comprensión. Así, pues, protestando de mi ignorancia é insuficiencia, vuelvo á preguntarme, asaz extrañada: ¿por qué ese premio y no otro?

¿Será un recuerdo (vivimos de recordar y de repetir ideas) del famoso *hanap* feudal, la inmensa copa que servía de galardón en otros torneos, de índole báquica? Al que más y mejor bebía, apurando sin resollar y de un trago el contenido del *hanap*, se le declaraba rey del festín y se le ofrecía la copa. Lo cual, como se ve, es un deporte que huele de mil leguas á Sajonia y á *old merry England*. Por acá, á falta de otras virtudes, somos sobrios, y no registra la crónica (ni aun la crónica de los Templarios) estas porfías de bebedores. Y como quiera que las porfías de deportistas forzudos ó hábiles, tiradores ó gimnastas, del Norte nos vienen, se me ocurre si las consabidas *copas* serán la evolución moderna del *hanap*, sin más diferencia que no contener nunca vino ni licor de ninguna especie, ni mojarse jamás en ellas los labios sedientos, ni embriagar á nadie, como no sea con la humareda de la vanagloria y del triunfo.

Si las copas son un premio que ha de conservarse cuidadosamente como recuerdo de una victoria, ¿por qué no hacerlas artísticas? No lo son, y lo peor es que pretenden serlo. Son fundidas, no repujadas, ni cinceladas, ni de un modelo original; su aspecto es industrial completamente, hasta lo antipático; pues el aspecto de producto industrial puede perdonarse á lo útil, pero nunca á lo superfluo. ¿Por qué no dar en premio algo que sea verdaderamente esto que hoy se aplica á todo y se dice de todo: un «objeto de arte»? Un busto, un cuadro de respetada firma, un capricho de plata modelado expresamente, una rama de laurel de bronce hecha por Benlliure ó Blay; lo que se conserva, pasado el interés circunstancial, por interés de otra clase.

Rara vez suelo hablar aquí de poetas. No estorba mucho la poesía en los anales de la vida contemporánea. Ha pasado el tiempo en que las mujeres jóvenes y guapas escondían bajo la almohada el tomo de poesías para devorarlo á las altas horas de la noche, fantaseando acaeceres románticos, la carta que llega, el galán que cruza ante la ventana, el jardín donde las flores cuentan leyendas tristes á la luz de la luna, la barca que se columpia sobre las ondas transparentes del lago... Lo que leen hoy las damas encantadoras es el periódico, los ecos de sociedad, las reseñas de bodas, viajes y fiestas, la *noticia* febril, el telegrama palpitante... La amorosa comunicación entre la mujer y el poeta ha fenecido. Que no crean otra cosa, ¡ay de ellos, ay de su quimera!, los jóvenes que confían sus sentires á la Musa... Son leídos por la gente del oficio y por algún rezagado, pero ya no volverán hermosas manos á jugar con los rizosos cabellos de su melena. Quizás los hojee su novia, si la tienen, y si sabe leer (leer versos); pero no esperen emocionarse á las divinas desconocidas, que allá á mediados del siglo XIX (el cual ya nos parece un siglo anciano), ocultaban como se oculta un pecado dulce su Espronceda, su Zorrilla, su Tanara, su Avellaneda, y aprendían de memoria estrofas, quintillas y romances, y poseían un álbum emborronado por los amigos, y hasta... ¡guardad el secreto!, *pulsaban la lira* á solas, para desahogar cuitas íntimas ó vagos anhelos inconcesados...

¿Dónde están las románticas? ¿Dónde las incomprendidas poetisas de bucles colgantes y ojos cercados de ojeras profundas?

Acabo de leer una frase doliente de Unamuno, doliente y exacta: «Arrojé mis versos á la indiferencia del público...» Otro tanto podría decir Teodoro Llorente, el ilustre valenciano, que acaba de recoger en un tomo sus poesías de juventud, á no existir á su alrededor cariñosos amigos que le han suplicado que dé á la estampa estas juvenilia, frescas como flores de granado de la vega. Siempre existen, alrededor de un prestigio y de un talento, una docena de admiradores que le profesan una especie de culto, mixto de ternura y de comprensión afinada por el continuo roce de espíritus; lo que existe apenas es el público lejano, desinteresado, abierto, que reserva á los autores las mejores sorpresas y los más halagüeños testimonios de que la gente *se hace cargo* y os acompaña por el solitario valle... Ojalá que Teodoro Llorente no note la creciente desaparición del público lejano, la sordera á los cantos de Apolo (que coincide, por cu-

rioso caso, con mayor sensibilidad ante los de Orfeo, pues al parecer la música va ganando lo que pierde la poesía).

Los «versos de la juventud» de Teodoro Llorente tienen el sello de todo lo que este maestro de la rima ha producido después: son claros y diáfanos como el horizonte de su tierra; están escritos en la más castiza y jugosa lengua castellana, que el poeta de la *renaixença*, el trovador lemosín, maneja á la perfección, y los llena un sentimiento puro y generoso, una ardorosa y poética ilusión vital, que contrasta con el pesimismo de los románticos desesperados, lúgubres y sepulcrales. El grabado de Maura que figura al frente del tomo, y que representa á Teodoro Llorente en sus mocedades, armoniza bien con los versos: el semblante es el mejor comentario del característico *Saludo* que sirve de pórtico á la colección; y donde el poeta se presenta y describe, declarando que es

«de esos que, lleno de húmedos reflejos
el profundo mirar,
tienden la vista extática á lo lejos,
á los cielos ó al mar;
de esos que á todos oyen distraídos,
gente de arisco humor,
que tiene siempre hirviendo en los oídos
la música interior.»

Así eran, y así continúan siendo, los que Víctor Hugo llamaba *poètes pensifs*; porque la fermentación de ideas y fantasías, la plétora sentimental, es igual en Llorente que en los modernistas á quienes el insigne cantor no puede sufrir, según se desprende de una frase de su prólogo. Porque la incubación de la poesía lírica tiene algo de morboso, es como una enfermedad de crecimiento y ensanche del corazón, que se estremece, se agita y quisiera salirse del pecho entre accesos de fiebre y delirio. Llorente, entonces, sentiría en muchísimos respetos como sienten, oprimidos y nostálgicos, los actuales. Y cada poeta, á su hora, puede exclamar como Teodoro Llorente:

«Siguiendo van mis pasos descuidados
una sombra, ¡la sombra de mi alma!»

Cambia la forma de decirlo, pero ¿qué otro cambio encontraríamos en la ilusión que ha dictado la bella poesía «Amores de un poeta»? Hoy como ayer, el poeta suele vivir

«en pobre cuarto de último piso,»

y esperar allí á la *innominada*, á la Poesía que consuela y recompensa con el beso en la frente pálida del soñador.

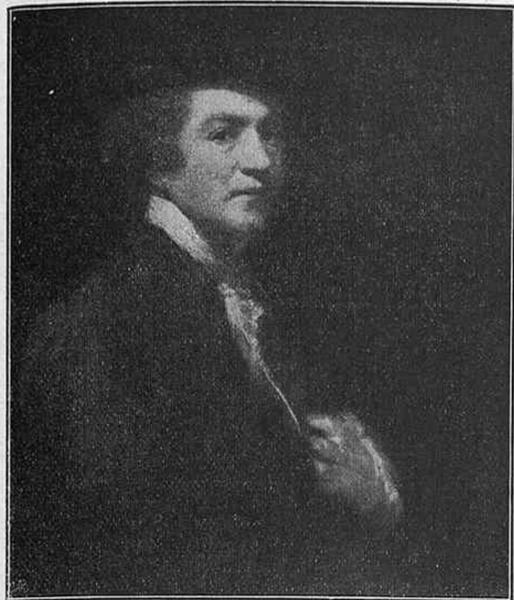
La forma cambia, es indudable, y si Teodoro Llorente fuese hoy joven y empezase á rimar, no lo haría mejor, lo haría de otro modo; expresaría conceptos muy análogos con retórica y poética muy distintas. El suave y brillante clasicismo de los versos que estoy leyendo, ¿será decadentismo tal vez? No sé si esta hipótesis escandalizará á Llorente; no sé si me la perdonará. Ello es que el *momento* nos manda, nos dirige, nos guía sin que lo sintamos. Aun un poeta tan clásico por naturaleza como Gabriel y Galán, lleva la emoción moderna en su interior, y hasta es moderno *por regresión*, volviendo á Berceo y á Juan de la Encina.

Entre las poesías del tomo «Versos de la juventud» encuentro algunas especialmente sentidas y deliciosas. Las tituladas *Florescencia*, *El ramo de rosas*, *Mal sueño*, *La sirena*, *El idilio del zapatero*, *El dúo nupcial*, *La sima*, *Diálogo á media voz*, pueden contarse entre las mejores poesías de su autor y entre las excelentes y sinceras que en idioma español se han escrito. La retórica de cada poeta, insisto en ello, pertenece á la fecha en que versifica, á las corrientes que le arrastran: las composiciones que Teodoro Llorente ha reunido en este libro tienen que ser doblemente notables y dignas de un gran poeta, para agradar como agradan, habiendo pasado tanta agua por el molino. Si los poetas jóvenes de ahora se dejasen sus versos dormidos en un cajón y los exhumasen al cabo de cincuenta años, aparecerían en ellos, irremisiblemente, flores ya marchitas, imágenes que después se habrían repetido tanto que no halagarían por su novedad y frescura; en fin, material usado, si es lícito emplear esta palabra. Y los versos juveniles de Teodoro Llorente, acaso por la noble sencillez con que están escritos, porque la retórica no es en ellos sino vestidura que cubre el cuerpo vivo de la poesía, no han adquirido ese tono de rancia vetustez que se nota en los rimadores falsos, cantores de alegrías y querellas no vividas, de amores no padecidos, de entusiasmos artificiales y de desengaños inventados al efecto de rellenar un soneto ó una canción. Detrás de un poeta verdadero hay siempre *un alma*, y la de Teodoro Llorente es tan simpática y serena como son sus preciosos, conmovedores versos de la juventud.

EMILIA PARDO BAZÁN.

EL CÉLEBRE PINTOR INGLÉS JOSHUA REYNOLDS

Reynolds y Gainsborough, he aquí dos nombres que llenan dos de las más gloriosas páginas de los anales de la pintura inglesa; dos artistas que vivieron en la misma época, que cultivaron preferentemente el mismo género, el retrato, que obtuvieron análogos honores y á quienes la posteridad ha consagrado como inmortales.



JOSHUA REYNOLDS, retrato pintado por él mismo

En el número 1.311 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos un estudio sobre Gainsborough y en él dijimos algo también de Reynolds. Mas no es éste un pintor de quien pueda tratarse incidentalmente, sino que merece tanto como aquél ser aisladamente estudiado. Esto es lo que hoy vamos á hacer, cumpliendo así uno de los principales fines de esta revista, el de rendir el debido homenaje al arte de todos los pueblos y de todas las edades.

Joshua Reynolds nació en Plympton en 1723 y desde su infancia mostró decidida afición al arte, afición que sus padres fomentaron. En 1741 entró en el taller de Hudson, en Londres, pero á los dos años riñeron maestro y discípulo y éste fué á establecerse en Plymouth, en donde pintó algunos retratos que llamaron la atención. Regresó á Londres en 1746, y en 1749 hizo un viaje por Mallorca y por Italia; en este último país excitaron su entusiasmo las obras de Rafael y sobre todo las de los maestros venecianos. De regreso en Londres, en 1752, una de sus primeras obras de valía fué el retrato del duque de Devonshire, pero la que inició su fama fué el retrato del almirante Keppel; poco después era tal el número de encargos que tenía, que hubo de recurrir á la cooperación de varios ayudantes. Cuando en 1768 se fundó la Real Academia, fué nombrado presidente de la misma y al propio tiempo elevado á la dignidad de caballero; y mientras desempeñó aquel cargo, impúsose la tarea de pronunciar cada año, en el acto de la distribución de premios, un discurso sobre las bellas artes; los quince discursos pronunciados en aquellas ocasiones son una elocuente muestra de los conocimientos y del buen gusto de Reynolds. De esa época son sus cuadros *Garrick entre la Tragedia y la Comedia* y *El conde Ugolino y sus hijos*.



LA CONDESA DE ALBEMARLE, retrato pintado por J. Reynolds

En 1781 hizo un viaje á los Países Bajos, y al volver de allí, en donde admiró el genio de Rubens, entró en el segundo período de su carrera artística, es decir, aquel en el cual había de conquistarse para siempre un puesto entre los más grandes maestros, y en el que pintó, aparte de muchos y magníficos retratos, los cuadros *La musa de la tragedia* (retrato alegórico de miss Siddons), que se conceptúa como una de sus obras maestras, *Hércules en la cuna ahogando á las serpientes*, *El sueño de una noche de verano*, *La muerte del cardenal de Beaufort* y *la Escena de las brujas de Macbeth*.

Murió en 1791 á consecuencia de un tumor que se le formó cerca del ojo izquierdo, y fué enterrado con gran pompa en la catedral de San Pablo.

Reynolds fué un apasionado de su arte y «nadie—dice el crítico M. Burger—ha hecho más experimentos que él para perfeccionar los procedimientos de pintura, hasta el punto de que sacrificó varios cuadros venecianos á fin de descomponer sus colores, apreciar las capas de los mismos y descubrir las prácticas más ó menos secretas de sus autores.» Este artista ha sido de los que más han producido, según lo demuestra el detalle de que en treinta años, desde 1761 á 1790, expuso 244 cuadros en los Salones de la Real Academia. También puede decirse de él que fué de los que más beneficios han obtenido en su profesión; en efecto, calcúlase que ganaba 6.000 libras esterlinas anuales (150.000 pesetas). Una buena parte de esta cantidad la destinaba á la adquisición de obras de arte que, al ser vendidas cuatro años después de su muerte, produjeron 10.000 libras esterlinas.

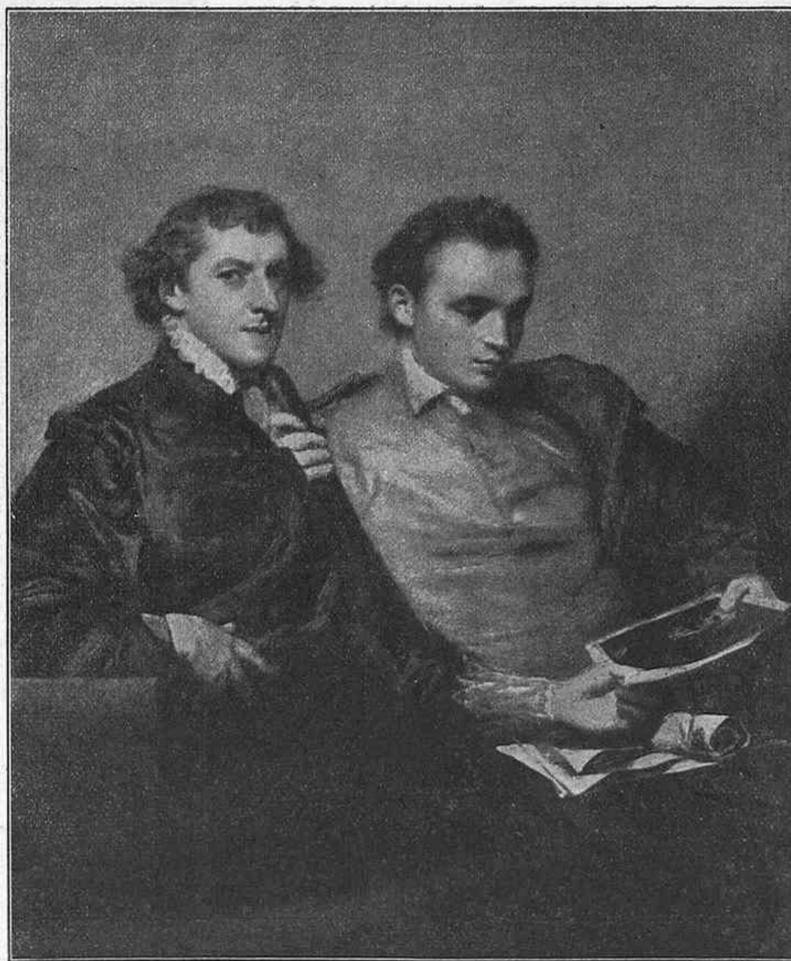
Completando el paralelo que en el citado número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA hicimos entre Reynolds y Gainsborough, copiaremos algunos conceptos

de un eminente crítico francés: «El talento de Reynolds es una hermosa conquista de la voluntad; el de Gainsborough la eclosión espontánea de una flor que se transforma naturalmente y se convierte en fruto, de sabor exquisito... Reynolds posee el secreto de todas las distinciones, de todas las gracias de la mujer y del niño, y reproduce con maravillosa soltura los más fugaces caprichos de la moda y sabe darles el carácter eterno, el del arte. La casta voluptuosidad de las madres, el candor y el ardor secreto de las vírgenes, los asombros, las ingenuas torpezas, las rebeldías, los mimos del niño y sus carnes duras y sonrosadas, todo lo ha reproducido sin amaneramiento, con todo su encanto y su perfume. Y lo



LA EDAD DE LA INOCENCIA, cuadro de J. Reynolds

mismo ha hecho con el hombre; generalmente lo escoge joven, esbelto, de noble estirpe, que no desmiente su fama de perfección aristocrática y de noble elegancia. Sitúa á sus personajes en medio de su vida activa, prosiguiendo el gesto interrumpido por la llegada del pintor, y en esto estriba el interés duradero de tantas obras que no son más que retratos.»—S.



RETRATOS, pintados por J. Reynolds

LA MENTIRA SOSPECHOSA

El hombre de mi cuento, fuera de sus dos manos, de sus ojos y de las incisivas puntas de sus dientes, no afirmaba nada más. Hablaba á veces de sus piernas, pero ya con menos aplomo y con una confianza más condicional. Creía en sus ojos porque veía con ellos fealdades, aberraciones y cosas monstruosas y antitéticas que no podían nacerle dentro, en las serenidades dulces de su conciencia; creía en sus manos, porque con ellas se apoyaba en dos muletas que le servían para andar hasta cierto punto, y creía finalmente en sus dientes, porque con ellos mordía en un pedazo de pan duro cuando el hambre de los largos días y la compasión de sus honrados prójimos se unían para proporcionarle este consuelo.—De lo que hemos dicho para justificar la fe que tenía en sus manos el hombre de mi cuento, se deriva algo á modo de razón que explica su desconfianza y duda relativa por lo que se refiere á sus piernas.

Este hombre no era bueno ni malo, derecho ni torcido, gordo ni flaco, guapo ni feo: era sencillamente el hombre de mi cuento, nacido para eso por obra y gracia mía, como nacen tantos otros para ser hombres de mayores cuentos por obra y gracia de más supremo autor.

Si le hablabais con dulzura, se os antojaba dulce y venerable; si le empujabais con asco, os contestaba con el cuento de su muleta, ó acaso, muy sentido de la injuria, os perseguía, renqueando, cubriéndose con el barro de una porción de insultos y escupiéndose á veces. Si le dabais dinero, lo tomaba; si pan, comía de él; si ropas, se las echaba al hombro con grandeza. Por las noches dormía en despoblado, en una especie de choza, y todas las mañanas volvía á entrar en el pueblo con la misma cojera, con las mismas tristezas, con la misma ropa destrozada y con las mismas hambres.

El decía que no creía en la realidad de cuanto le rodeaba, y los demás dudaban todos de él, como tal cojo, y le llamaban *el tío Mentiras* por mal mote.

Haciéndome cargo de cuantos papeles han quedado con memorias de él, hallo que este nombre genérico, y como si dijéramos sintético, se descomponía en una infinidad de denominaciones específicas, particulares y concretas, entre las que citaremos: *el Diablo*, que inventaron los niños; *el Coco*, que inventaron las madres; *el Mundo*, que solían emplear los sacerdotes; *el Crimen*, que decían riendo los verdugos; *el Vicio*, que empleaban de cuando en cuando los virtuosos; *el Dolor*, como generalmente le llamaban las mujeres sencillas y los hombres que no tenían empleos oficiales.

La ocupación de *el tío Mentiras* era andar por las casas tejiendo paliques y armando caramillos; profetizando unas cosas muy lúgubres que decía que veía en el fondo de la Naturaleza, y descosiendo sacos de embustes, hasta que aterrorizadas las gentes le daban un mendrugo de pan—el mendrugo de pan que le afirmaba en su ser de *tío Mentiras*—para que callase y les dejase en paz.

Había en el pueblo un mocetico, listo, despabilado y lince de alma y cuerpo, con unos dientes blancos muy apretados detrás de unos labios rojos muy bien movidos, que no podía ver al susodicho cojo, y desde su terreno perfectamente neutral de hombre sin familia, de chicuelo abandonado al nacer, al ímpetu de su coraje y al chorro vigoroso de su sangre, le inventaba coplas mortificadoras, le escondía las muletas, le tiraba frutas y pedazos de hortaliza, le tendía verdaderas redes de cuerda por las calles, al anochecer, y en una palabra, estuvo en más de una ocasión á punto de acabar para siempre con el viejo.

El cual, que tan iracundo era para cualquier otro muchacho que le insultase ó injuriase, todo se volvía en blanduras, dulces amaños y miga de pan para el desvergonzado Blas, que á nadie quería y á quien nadie quería en el mundo.

Nunca se supo que *el tío Mentiras* respondiese con malas palabras á un insulto suyo, ni le profetizase males, ni le hablase de espantosas angustias que le estuvieran esperando.

Por eso el gesto de Blas era perpetuamente echar-

se los brazos á la espalda, dejar que le cayera la gorra sobre una oreja—y un gran rizo de cabellos negros como la noche le caía mientras tanto por sobre las cejas del otro lado,—en cual postura caminaba por las calles del pueblo, inquietaba á las mocicas con sus burlas atrevidas y escupía al cielo bocanadas de humo espeso, muy satisfecho de aquel vivir sin fondo ni dolores...



San Cosme, estatua en mármol de Fra Angelo Montorsoli (1507-1563), existente en la sacristía de San Lorenzo, de Florencia

Le entró el amor á Blas como una borrachera. Recordaba aquella tarde en aquel baile el gran calor que desde las manos le invadió hasta la cabeza. La muchacha lo valía: á guapa y decidora y anquirrecia ninguna le ganaba en el pueblo. Por Rosa respondía.

Cuando la agria música del baile acabó en uno ó dos golpes secos, con fragor de trueno, y su pareja se le fué de los brazos y se le escapó riendo á perderse entre la gente, quedóse Blas como herido del rayo, mordiéndose los labios hasta hacerse sangre, triste, infinitamente triste, espantosamente triste.

¿Cómo es eso? ¿La felicidad se trunca como una hebra de seda cuando estamos dispuestos á ovillarla? ¿Se sube á tanta elevación para caer? ¿Se puede llenar la copa y no se puede apurarla? ¿Se puede abra-

zar á una mujer, tenerla pegada al cuerpo, adorarla en una fiebre de hoguera de San Juan..., y de repente..., ¡juada!

Blas pensó aquella tarde con cierta zozobra en *el tío Mentiras*.

—*Tío Mentiras*..., vengo á que me diga cosas...

—¿Eh?, preguntó extrañado el viejo á Blas.

—Quiero que me diga cosas como las que dice á todos..., que asustan, molestan y... Blas vacilaba un poco, como si le avergonzara lo que tenía que decir.

—¿Y qué?..., preguntó el cojo.

—¡Y enseñan!, concluyó Blas. Quiero que me anuncie desgracias y me profetice dolores y me lea cartilla de sufrimientos, porque quiero ser feliz.

—Pero ¿estás loco?

—No, *tío Mentiras*; pero tengo miedo de estarlo si usted no lo remedia.

—¿Pues qué te pasa, dulce hijito mío?

—Estoy enamorado. Quiero á Rosa...

—¿Y ella?..

—No sé si me quiere: no sé si me querrá: no sé si voy á sufrir mucho; sufro ya demasiado... ¿Qué es el dolor? ¿En qué consiste el sufrimiento?

—Pero ¿no ves que deliras, muchacho?

—Pues bien, sí, deliro, estoy loco, tendrán que atarme, mañana morderé como una fiera. No hay remedio. Yo no sé vivir así. Nadie me ha enseñado esto. ¿Cómo viven los demás en un mundo tan horrible?.. ¿Y tú? ¿Sabes quién eres tú?.. ¡El diablo! ¡Eso eres tú! ¿Te callas?.. ¡Toma!

Y con los pies y con los puños cerrados y con las uñas y los dientes se cebó en el pobre viejo...

Iban pasando días. Rosa no quería á Blas... ¿Qué vamos á hacerle? Aquella criatura fresca, buena, noble, honrada, nacida para el amor y la felicidad, había dado con su camino tan sencillamente, que apenas apuntaba en ella el uso de razón, ya el instinto del amor se arreglaba de manera que viendo á Pablo, mozo labrador de un pueblo vecino, quedó prendada de él, logró prenderle, lo veía con frecuencia, se hablaban sin testigos, se besaban sin escrúpulos y aquello, con el beneplácito de las dos familias, era un idilio caminando en derecha al oro y resplandor del Sacramento.

Blas instó, conspiró, siguió, amenazó y exigió. Todo en balde.

En los intervalos de sus tristezas iba en busca de expansión á la choza del *tío Mentiras*. Le interrogaba con ansia:

—¿Qué me pasará?

—Serás feliz. No tengas miedo. Rosa cederá. Como frutuca dulce que no quiere caerse para madurar mejor, se te resiste ahora. Vendrá después abajo. Casi sin corteza. No hará resistencia áspera á la gula de tus dientes. Serás con ella afortunado. Tú eres un predilecto de la suerte. Tendrás... ¿Quisieras hijos?

—¡É hijas!

—Tendrás tres hijos y dos hijas... ¿Los quieres rubios?

—¡Morenos!

—Los cuatro morenos y uno castaño, que tendrá, cuando mozo, la barba más negra que los otros dos. Serás feliz, serás feliz.

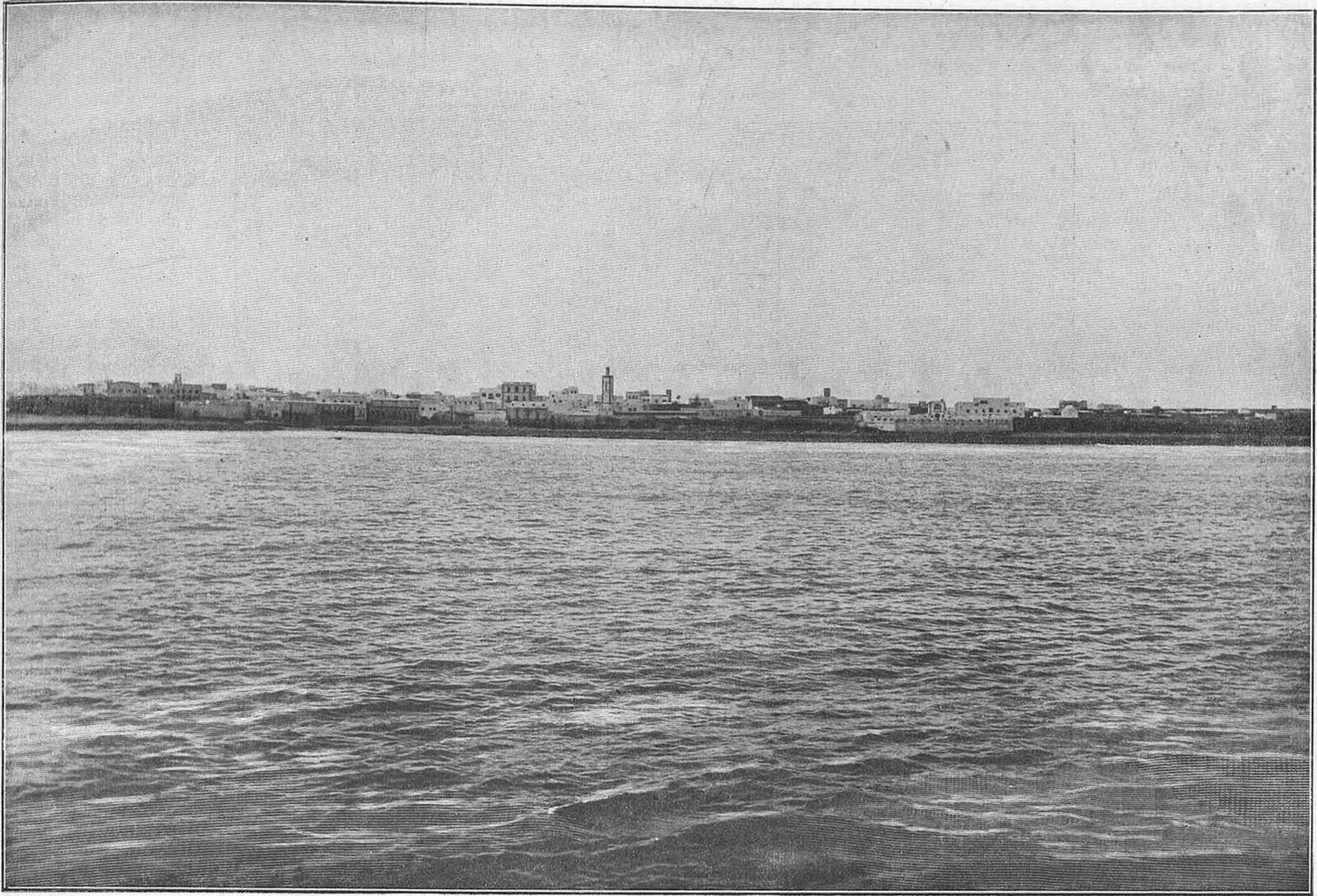
Y con estas dulces seguridades Blas iba alimentando cada día más locas esperanzas y los desengaños eran cada vez más grandes, y á fuerza de no esperar más que felicidades, de no haber experimentado más que felicidades, de ser el hijo de la suerte y de no haber conocido el dolor, murió desesperado. El día de su entierro, en el pueblo vecino se casaban Rosa y Pablo.

Cuentan las viejas que Blas decía blasfemias dentro de su caja...

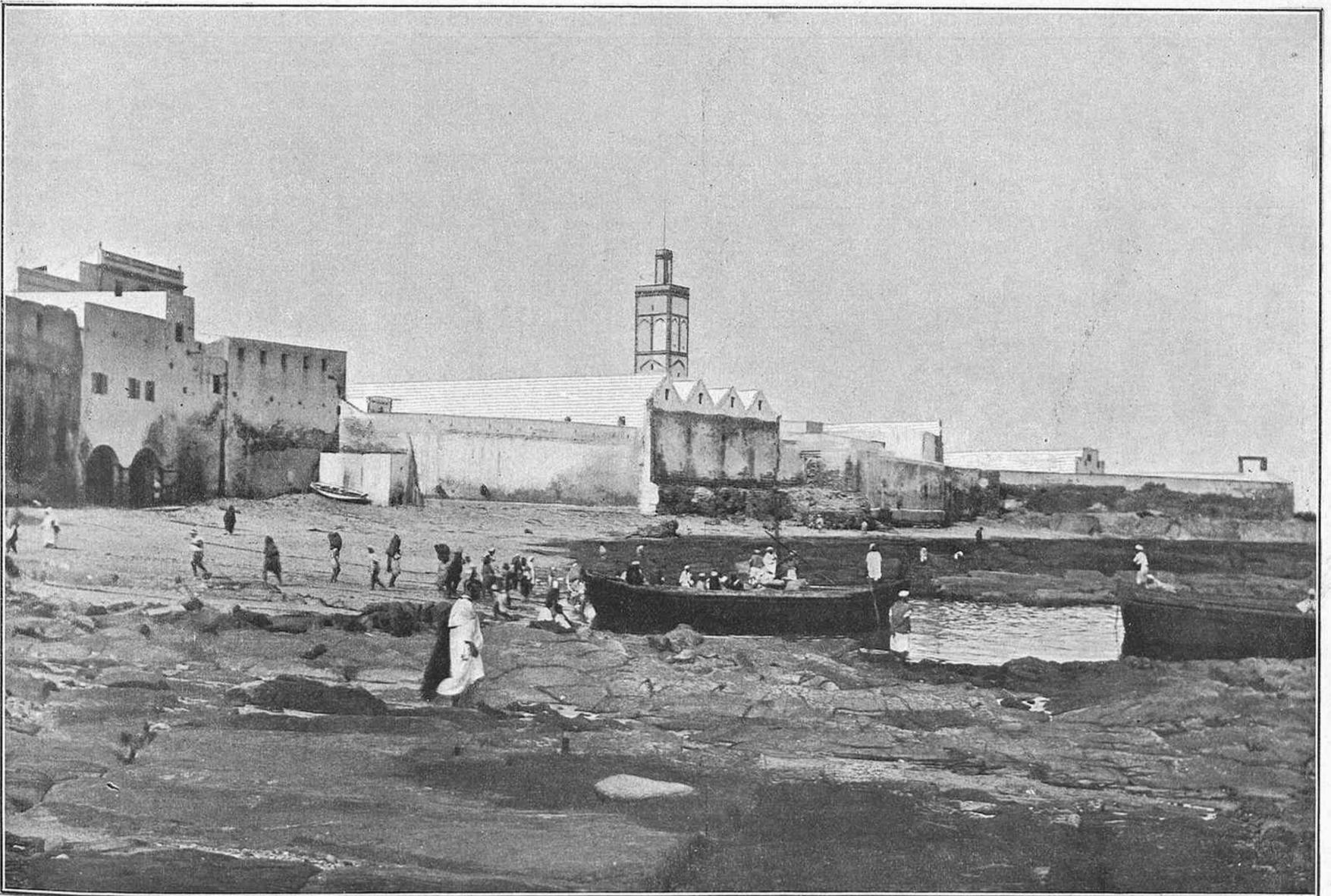
Así fué la venganza del *tío Mentiras*. Desde entonces todos le soportaban. Todos le daban el mendrugo de pan para que no clavara los dientes en el mendrugo de su alma; todos querían que de cuando en cuando les visitase el Dolor para sentir más bien la propia felicidad.

Y aunque sabían que esta era, al fin y al cabo, la verdadera esencia de la vida, hubo mozo leído y escrito que llamó al dolor *mentira sospechosa*.

E. MARQUINA.



Marruecos.—Vista general de Casablanca, ciudad en donde recientemente han sido asesinados varios europeos por los indígenas
(De fotografía de A. Cauilla, de Tánger.)



Marruecos.—Casablanca. Vista del puerto cuyas obras han sido el pretexto para los asesinatos de europeos allí cometidos recientemente
(De fotografía de A. Cauilla, de Tánger.)

EL ACORAZADO INGLÉS «BELLEROPHON»

El día 27 de julio último fué lanzado al agua el casco del nuevo acorazado inglés *Bellerophon*, que es el buque de guerra mayor del mundo. Desplaza 18.600 toneladas y sus medidas son 147 metros de eslora por 24'60 de manga; sus máquinas pueden desarrollar una fuerza de 23.000 caballos, imprimiendo al barco una velocidad de 21 nudos por hora; en sus carboneras caben 900 toneladas de combustible y el espesor de sus corazas es de 275 milímetros.

La construcción general del *Bellerophon* es la misma que la del *Dreadnought*, que reproducimos en el número 1.261 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA; este último, hasta ahora el primero de los buques de guerra, ocupará el segundo lugar, pues tiene 700 toneladas menos que el recientemente botado al agua.

El *Bellerophon* llevará diez cañones de 30 centímetros y varios de tiro rápido de 10 centímetros para rechazar los ataques de los torpederos.

Fuó madrina en la ceremonia de la botadura la princesa de Battenberg, hermana del rey Eduardo VII y madre de nuestra reina Victoria, la cual, acompañada del almirante Robinsón, arrojó contra el casco del barco una botella de *colonial wine*, al mismo tiempo que pronunciaba las siguientes palabras: «Doy á ese buque el nombre de *Bellerophon* y le auguro propicia suerte, al igual que á todos los que lo tripulen.»

La botadura se realizó con toda felicidad.

El nombre de *Bellerophon* puesto al nuevo acora-

zado evoca el recuerdo del buque que figuraba en la escuadra de Nelson en las batallas del Nilo y de Trafalgar y que condujo prisionero á Santa Elena á Napoleón I.

proyecto fué premiado en reñido concurso al que acudieron arquitectos de varios países.

La ceremonia de la colocación de la primera piedra, favorecida por un tiempo espléndido, resultó en

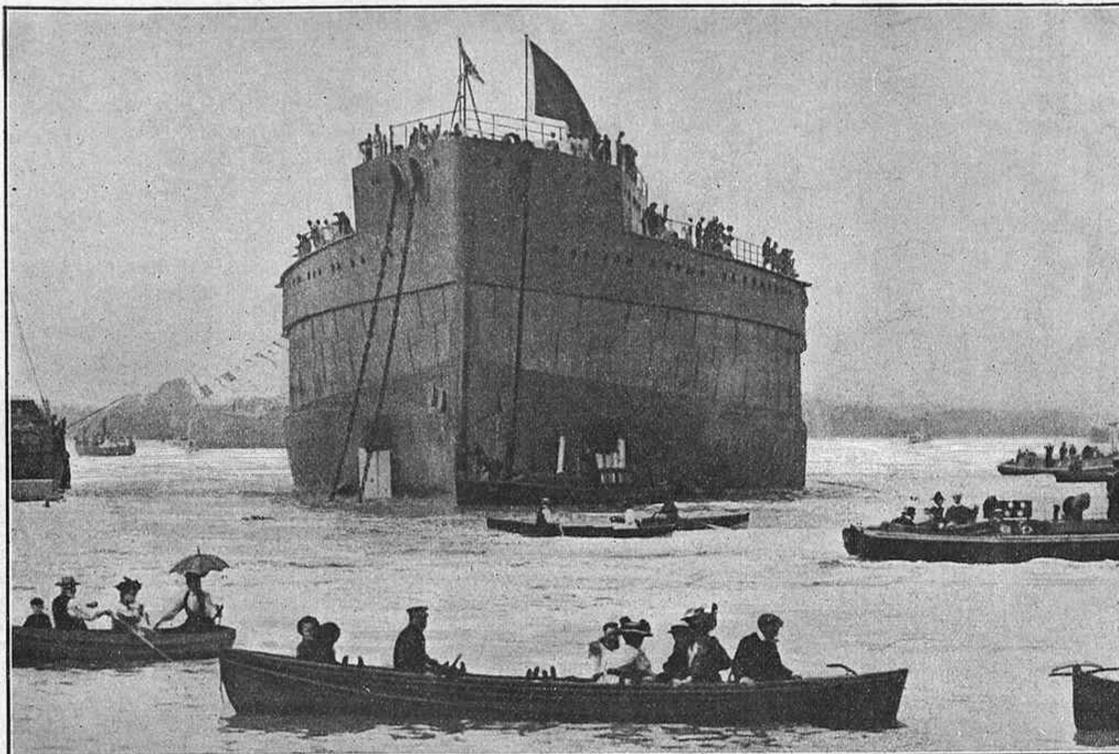
alto grado solemne é impresionante; cuando las sociedades corales de La Haya entonaron los himnos de Haendel, Beethoven, Mozart y Wagner, una emoción profunda se apoderó de aquel público escogido, compuesto de los miembros de la Conferencia, del cuerpo diplomático, de los ministros holandeses, de los dignatarios de la corte.

M. Van Karnebeek, presidente del comité director de la fundación Carnegie, pronunció un discurso enalteciendo el acto de desprendimiento del donador é invitando al presidente de la Conferencia M. Nelidoff, designado por la reina Guillermina, á que colocara la primera piedra del futuro palacio.

M. Nelidoff dió sobre la piedra tres golpes con un martillo de plata, el primero en nombre de la reina de Holanda, el segundo en nombre del emperador de Rusia y el tercero en nombre de la

Conferencia, resonando entonces entusiastas salvas de aplausos.

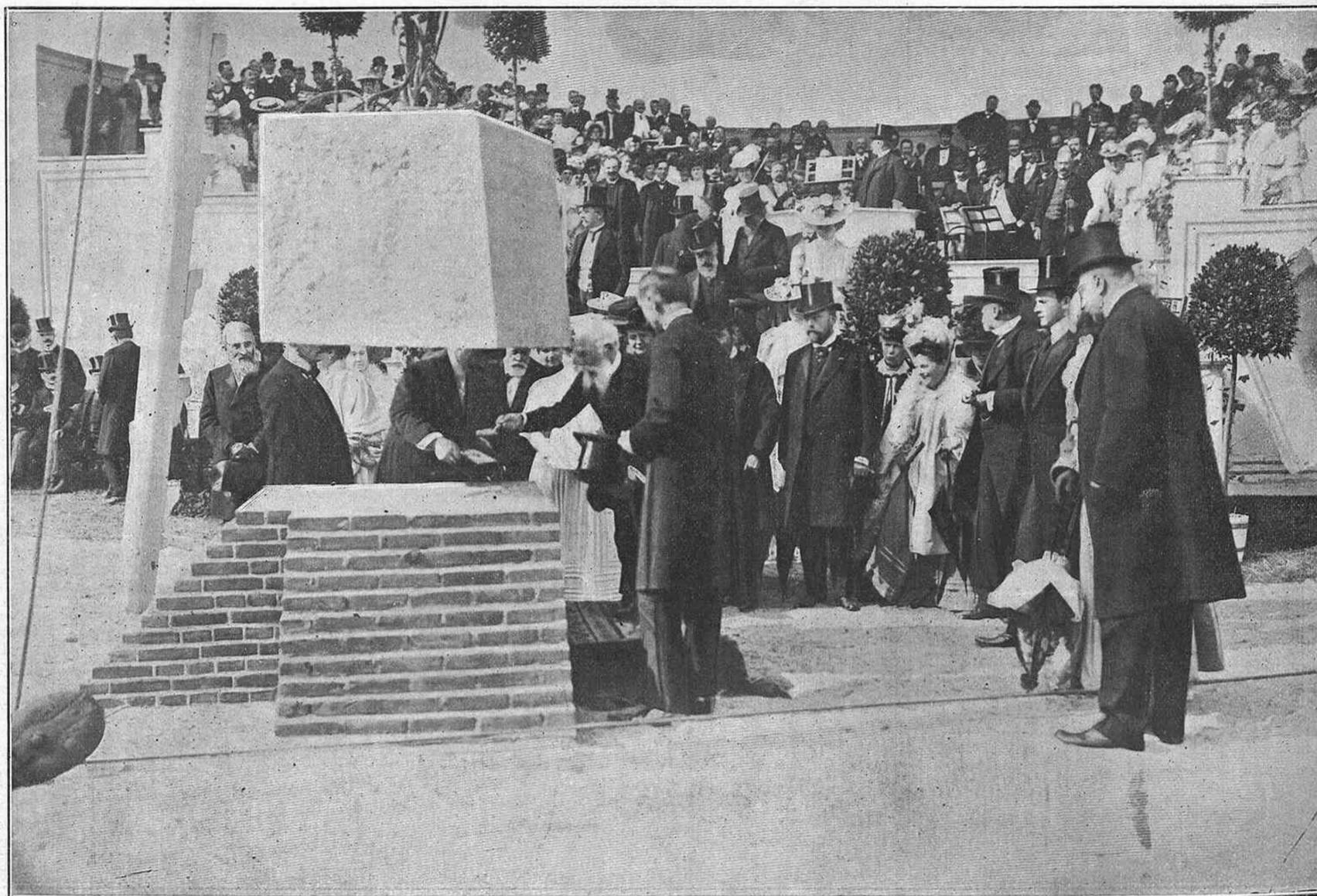
M. Van Karnebeek hizo nuevamente uso de la palabra para manifestar que la reina Guillermina había nombrado á Mr. Carnegie gran oficial de la orden de Orange-Nassau, y después la señora Dalbert entregó á M. Van Karnebeek para Mr. Carnegie una medalla en nombre de los cinco millones de mujeres que constituyen la «Liga femenina de la Paz por medio de la educación.»



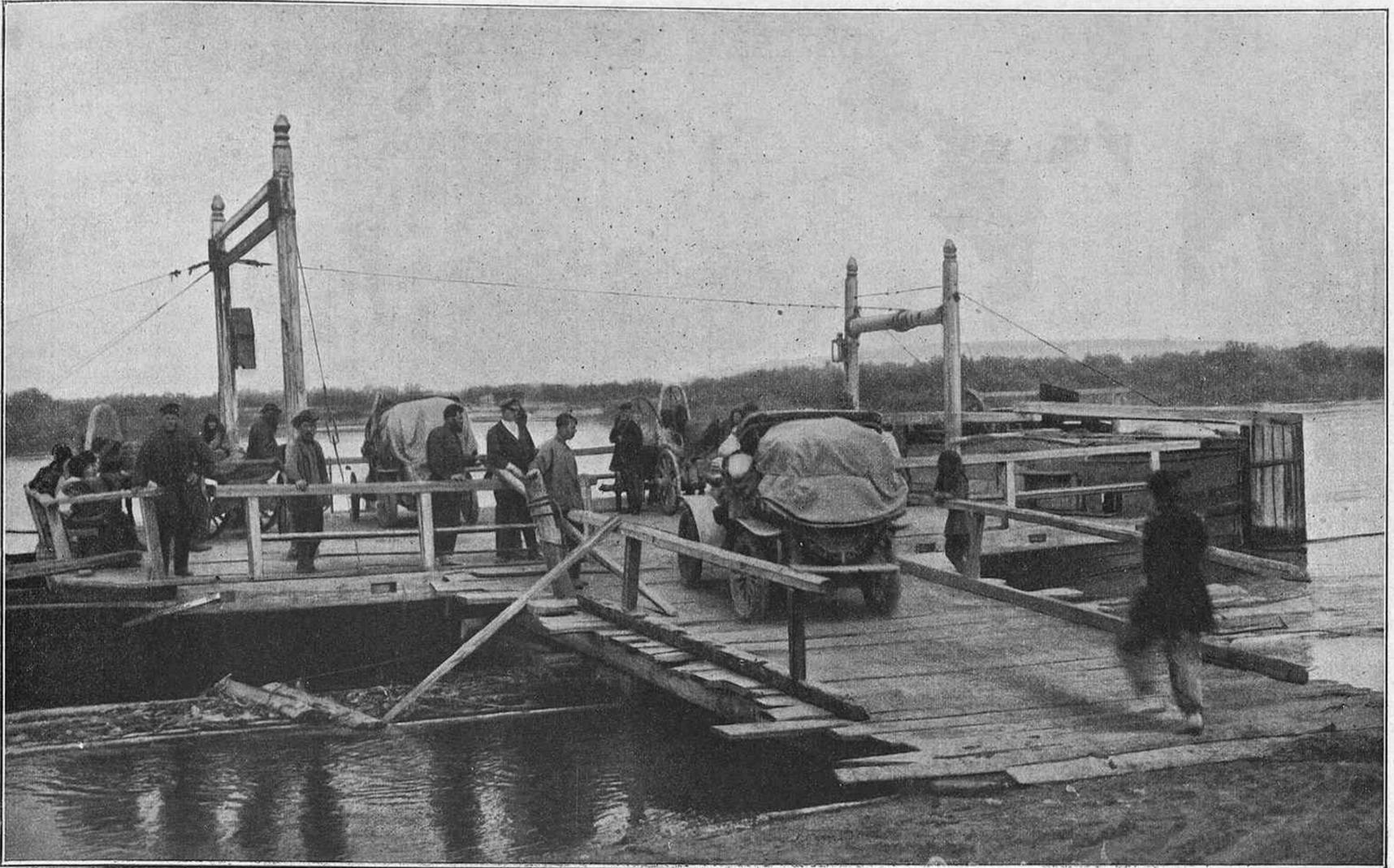
El acorazado inglés *Bellerophon*, el buque de guerra más grande del mundo, recientemente lanzado al agua en Portsmouth. (De fotografía de Carlos Trampus.)

LA HAYA.—EL PALACIO DE LA PAZ

Gracias á la munificencia del millonario yanqui Mr. Carnegie, dentro de poco se alzará en los alrededores de La Haya, en medio de un hermoso parque, un magnífico palacio que servirá de residencia á las instituciones de arbitraje internacional. El edificio, cuya primera piedra se colocó solemnemente el día 30 de julio último, se construirá según los planos del arquitecto francés M. Luis Cordonnier, de Lila, cuyo



La Haya.—M. Nelidoff, presidente de la Conferencia de la Paz, poniendo la primera piedra del Palacio de la Paz que se ha de construir con la donación hecha á este objeto por el millonario yanqui Mr. Carnegie. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)



Carrera automovilista Pekín-Paris.—Los automóviles atravesando en una barcaza uno de los brazos del Ienisei. (De fotografía de M. Branger.)

LA CARRERA AUTOMOVILISTA

PEKÍN-PARÍS

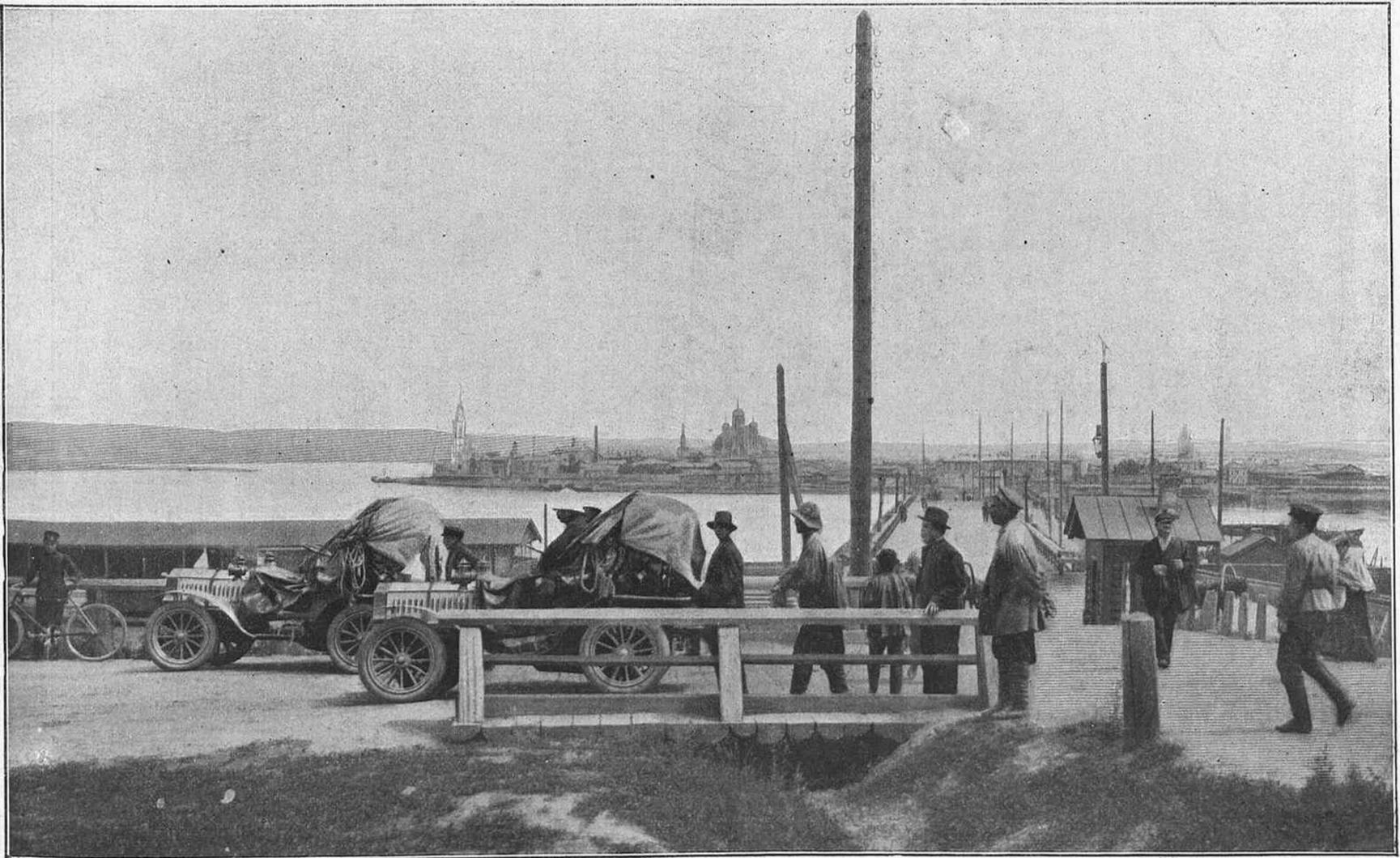
Quando este número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA llegue á manos de nuestros subscriptores, se hallará seguramente ya en París el vencedor de esa prueba que muchos consideraron como de imposible realización. En efecto, el príncipe Borghese, que lleva

gran delantera á sus contrincantes, llegó á Berlín el día 5 y habrá entrado en París el día 9 ó 10, después de haber recorrido en su Fiat 11.478 kilómetros, la mayor parte de ellos por países desiertos, caminos intransitables y montañas casi inaccesibles.

En Moscou se ha dispensado al príncipe un recibimiento por demás entusiasta, y lo propio ha sucedido en Tsarkoieselo, en San Petersburgo y en Berlín. En San Petersburgo le obsequiaron con un banquete,

y la Sociedad rusa de los Automovilistas y el Club Automóvil le regalaron el primero una medalla de oro y el segundo la reproducción en oro de un accesorio para automóvil.

París se dispone también á festejarle, habiendo organizado en su honor un banquete monstruo la sociedad «Itala» en uno de cuyos automóviles ha llevado á cabo el príncipe Borghese su atrevida cuanto interesante carrera.—R.



Carrera automovilista Pekín-Paris.—Los automóviles saliendo de Irkutsk. (De fotografía de M. Branger.)



A mí no me quiere nadie:
las madres son las que quieren,
y se me murió mi madre:

CANTAR ILUSTRADO, dibujo de Ricardo Brugada

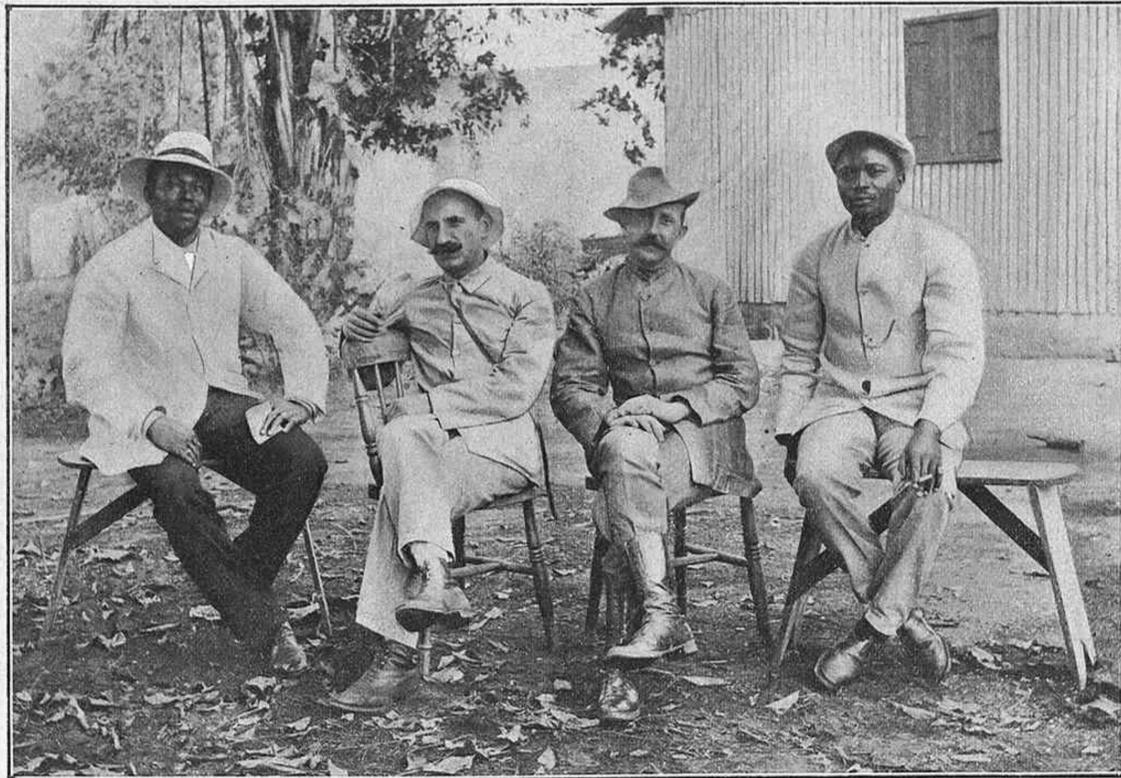


DIANA, cuadro de Jorge Papperitz

CONSEJO DE VECINOS DE SAN CARLOS

(FERNANDO POO)

Es el distrito de San Carlos el más importante y más rico de la colonia de Fernando Poo, ya que radican en él las fincas de mayor extensión, representando, por lo tanto, sus plantaciones cuantiosos intereses. Esto no obstante, y según por desgracia acontece en casos análogos, hallábase el referido distrito poco menos que abandonado, careciendo de los elementos necesarios para el desarrollo de una colonia. De tales deficiencias pudo darse cuenta el actual gobernador Sr. Ramos Izquierdo en la reciente visita de inspección que inopinadamente llevó a cabo, adoptando saludables disposiciones encaminadas a la construcción de caminos, emplazamiento de la naciente población, conducción de aguas potables, etc., etc., y por último la reorganización del Consejo de vecinos, confirmando en sus cargos a nuestro amigo D. Joaquín Torruella y a los Sres. D. Ramón de Virto, don Maximiliano Jones y D. Juan Brown, a los cuales cabrá la gloria de haberseles encomendado el cuidado de la administración de un pueblo que sin duda llegará a ser uno de los más ricos e importantes de aquella apartada colonia, tan necesitada de protección que fomenta sus cuantiosas riquezas.



FERNANDO POO. - CONSEJO DE VECINOS DE SAN CARLOS

D. MAXIMILIANO C. JONES, D. RAMÓN DE VIRTÓ, D. JOAQUÍN TORRUELLA Y D. JUAN BROWN

MEDALLA CONMEMORATIVA

En el año 1806 una escuadra de Inglaterra, que en aquel entonces se hallaba en guerra con España, entró en el Río de la Plata y desembarcó fuerzas que de improviso se apoderaron de Buenos Aires el día 27 de junio. El virrey Sobremonte huyó, pero el capitán de navío D. Santiago Liniers pudo penetrar en la plaza, estimuló el espíritu de resistencia que en ella reinaba y marchó a la Colonia en busca de auxilios, logrando reunir 1.600 hombres, con los cuales, y secundado por el vecindario bonaerense, obligó a los ingleses a rendirse a discreción. Pidieron refuerzos los vencidos, y con ellos, después de haber tomado Montevideo, se dirigieron a Buenos Aires con un ejército de 10.000 hombres, derrotando a Liniers en los corrales del Miserere. El día 5 de julio, los ingleses atacaron con vigor aquella capital, pero después de encarnizado combate fueron enteramente derrotados con pérdida de 1.200 muertos ó

pretextos para que algunas cabilas dieran nueva expansión a sus instintos feroces. Los indígenas, que ven con malos ojos esta obra y aquella intervención, exigieron que se suspendieran los trabajos y que los interventores abandonaran sus puestos, y al ver desatendidas sus pretensiones, en la mañana del día 30 de julio atacaron a un grupo de trabajadores, asesinandolos bárbaramente, destruyeron todo el material de la empresa constructora del puerto y se hicieron dueños de la ciudad, en la que desde entonces reina indecible pánico. Algunos europeos han logrado escapar refugiándose en los buques, pero la mayoría de ellos se han visto imposibilitados de huir porque los moros se lo han impedido violentamente, a fin de tenerlos como rehenes en previsión de lo que puedan hacer las potencias europeas para vengar el agravio.

Las víctimas son, según parece, cuatro franceses, tres italianos y dos españoles, cuyos cadáveres fueron horriblemente mutilados por las turbas fanáticas y salvajes.

Las consecuencias de estos sucesos pueden ser gravísimas. Francia y España han enviado ya a Casablanca buques de guerra, que se han visto obligados a desembarcar fuerzas de marina para proteger a los extranjeros y a bombardear la ciudad en vista de las agresiones de que dichas fuerzas han sido objeto por parte de los cabileños. Ambas naciones, cumpliendo la misión que les encomendó la Conferencia de Algeciras, se disponen asimismo a enviar tropas de desembarco que sin duda ocuparán Casablanca y todos los puertos en que sea de temer un levantamiento de los marroquíes.

Con ello se excitará aún más el fanatismo de aquellas gentes, entre las cuales predicán ya los santones la guerra santa, y sabe Dios las complicaciones que podrán surgir de ese estado de cosas.

La prensa europea aprueba la actitud adoptada por España y Francia. La prensa española, en general, sin dejar de reconocer que es preciso obtener la debida reparación del agravio sufrido y proteger las vidas y haciendas de nuestros compatriotas establecidos en el Norte de Africa, recomienda al gobierno que obre con gran prudencia y que evite el correr aventuras en las que estamos expuestos a perder mucho y a ganar muy poco ó nada.

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 521, 524, 528, 529 y 536.)

Estatua ecuestre del Gran Elector, obra de Andrés Schlütter. - Esta obra, considerada como la mejor escultura monumental alemana de su época, fué comenzada en 1698 y fundida en bronce por Jacobi en 1700; en 1703 quedó colocada en el puente del Elector, de Berlín. Las estatuas son de bronce, de tamaño mayor que el natural, y el pedestal es de mármol. Andrés Schlütter nació en Hamburgo en 1664, trabajó de

escultor en Danzig y en Varsovia, y en 1694 se trasladó a Berlín. En 1713 fué llamado por el tsar Pedro el Grande a San Petersburgo, en donde murió en 1714.

San Cosme, estatua en mármol de Fra Angelo Montorsoli. - Habiendo Miguel Angel dejado sin terminar la capilla sepulcral de los Médicis de la iglesia de San Lorenzo, de Florencia, algunas de las estatuas que habían de decorarla fueron modeladas, según los dibujos del maestro, por sus discípulos. Entre éstos figuraba en primera línea Fra Angelo Montorsoli, quien se encargó de la ejecución del *San Cosme* que reproducimos y que se admira, como una de las más bellas obras del arte florentino, en la sacristía de la citada iglesia.

Cantar ilustrado, dibujo de Ricardo Brugada. - Conocedor profundo del modo de ser del pueblo andaluz, no sólo en su parte externa ó pintoresca, sino también en lo que constituye el alma del mismo, Brugada ha sabido dar forma admirable a lo que han visto sus ojos ante la contemplación de aquella hermosa naturaleza y a lo que su corazón ha sentido al contacto de aquella vida de pasiones exaltadas. El dibujo suyo que en el presente número reproducimos es una nota de dolor hondamente sentida y ejecutada con recomendable sobriedad, que responde perfectamente al cantar en que está inspirada.

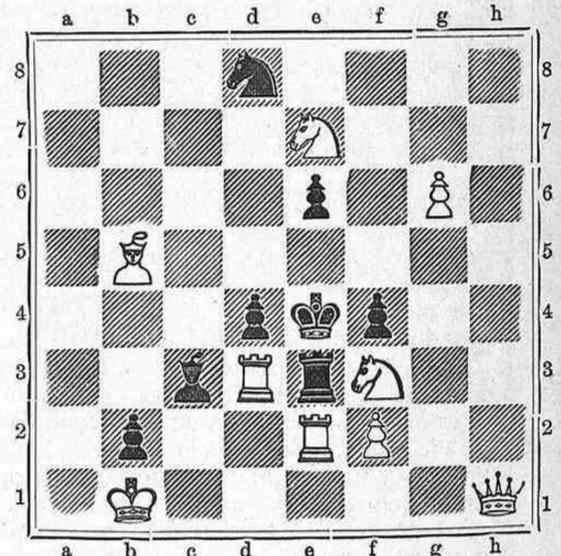
Diana, cuadro de Jorge Papperitz. - Este pintor alemán es un adorador de la belleza por la belleza misma, y de aquí que, sin preocuparse de las tendencias más ó menos impuestas por la moda, busque sus asuntos allí donde mejor pueda satisfacer ese amor a lo bello. La *Diana* suya, que reproducimos, es una creación encantadora, digna de figurar entre las mejores obras de su celebrado autor.

La comida del obrero, cuadro de León Frederic. - «En la laboriosa existencia de la gente del campo, ha descubierto Frederic innumerables temas de profundo estudio, porque debajo del exterior superficial de los modelos por él escogidos, debajo de la piel áspera y de las rústicas vestiduras, ha encontrado y pintado las humanas sensaciones que entiende ser naturales. Su tierna simpatía por los desheredados le ha impulsado a pintar alternativamente la tranquila y solemne labor del hombre del campo y la miseria lamentable del mendigo de la ciudad.» Así se expresa hablando de este pintor belga un notable crítico inglés, y en esas frases está el mejor juicio que puede hacerse de su notable lienzo *La comida del obrero*, que figura en el Museo de Bruselas.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 473, POR V. MARÍN

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 472, POR V. MARÍN

Blancas.

Negras.

1. Ae8-g6

1. Re6-e5

2. Df1-f4 jaque

2. Cualquiera.

3. d2-d4 ó D mate.

VARIANTES.

1..... Re6-e7;

2. Df1-f8 jaq., etc.

Re6-d7 ó d5;

2. Df1-d3 jaq., etc.

C juega;

2. Df1-f5 jaq., etc.

AMBRE ROYAL Nouveau Parfum extra-fin. VIOLETT, 29, B^{is} Italiens, Paris.



BUENOS AIRES. - Medalla conmemorativa del centenario de la defensa de Buenos Aires contra los ingleses, hecho en el cual tomaron parte españoles y criollos. Esta medalla ha sido acuñada por los Sres. Bellagamba y Rosi.

heridos y 1.620 prisioneros. Dos días después, el general en jefe de las fuerzas inglesas capitulaba, obligándose a reembarcarse con todas sus tropas y a evacuar Montevideo y todo el Río de la Plata en el plazo de dos meses.

En conmemoración de aquella heroica defensa y con motivo del primer centenario de la misma se ha acuñado la medalla que adjunta reproducimos y que es una nueva muestra del grado de adelanto y perfección que en esta especialidad artística han alcanzado los Sres. Bellagamba y Rosi, de Buenos Aires.

MARRUECOS. - LOS SUCESOS DE CASABLANCA

(Véanse los grabados de la página 525)

Está visto que los marroquíes no quieren dejar en paz a la diplomacia europea, y que la guerra civil en que están empeñados desde hace algunos años no les impide demostrar de cuando en cuando el odio con que miran todo lo que con la civilización se relaciona y promover conflictos que ponen al gobierno jerifiano en grave aprieto. Un día es el asesinato del doctor Mauchamp que motiva la ocupación de Udja por los franceses; otro, la prisión del caíd Mac León que pone en movimiento a Inglaterra; y como si esas agresiones individuales



¿Te alegras de volver á verme, Bruno?, dijo Aurette enternecida

EL MARIDO DE AURETTE

SEGUNDA PARTE DE «AURETTE»

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE.—ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)

Impulsada por esa necesidad de expansión que es propia de la humana naturaleza, estuvo á punto de decírsele todo; pero el recuerdo de aquella dolorosa prueba de otro tiempo, en la que Julia la había sostenido y consolado, se interpuso entre los dos: ¿cómo confesar un nuevo amor á la única que sabía lo que el amor antiguo la había hecho sufrir? Esta idea hizo sonrojarse á Aurette, la cual besó cariñosamente á su hermana y fué á buscar á Juan al liceo.

En el instante en que su victoria se detenía delante de la puerta del establecimiento, salía de éste Villandré, que la reconoció en seguida y cuyas pálidas mejillas se sonrojaron ligeramente. A la vista de los transeuntes cruzaron un ceremonioso saludo, casi sin mirarse, cual corresponde á personas que se tratan con cortesía casi indiferente. Al mismo tiempo salía Juan, que de un salto subió al coche. Empezó éste la marcha hacia el Nido, y el muchacho, después de haber besado á su tía, cogióle una mano, que guardó entre las suyas, escondidas en los pliegues de su falda.

—Mira, dijo, el Sr. Villandré se va... Le contrarió muchísimo que te marcharas sin decir nada.

—¿En qué te fundas para decir esto?, preguntó Aurette mirando al lado opuesto.

—¡Si hubieses visto su cara cuando se lo dije!

—¿Y qué necesidad había de que se lo dijese?

—No era un secreto, puesto que me habías encargado que se lo participara á tía Julia.

—No es lo mismo, replicó Aurette en tono de leve censura. Tía Julia es de la familia.

—¿Y el Sr. Villandré crees tú que no lo es desde el día en que corrió detrás de mí en medio de aquella tempestad?, exclamó Juan enérgicamente. Mi tío Deblay quizás no habría hecho tanto. ¿Y tú no eras acaso de su familia bastante más que la tía Thomasset después de la amistad que has demostrado á Lucila?

—No se dice Lucila, repuso Aurette un tanto turbada, sino la señora Lenoisy. ¿Y qué he hecho yo por la señora Lenoisy?

—Enviaste á buscar á la tía Thomasset y además... además... ¡Vamos, te adoro!, exclamó Juan arrojándose impetuosamente al cuello de su tía. Pero mira, es preciso que no vuelvas á marcharte como esta vez, porque lo que has hecho no tiene sentido común. Brochet estaba como alma en pena, y no pudiendo llevarme en coche, iba á pie todos los días á verme á la salida del liceo. ¿Y no se le ocurrió el primer día presentarse con la victoria para acompañarme? ¡Lo que me reí! ¡Figúrate lo que mis compañeros habrían

dicho si me hubiesen visto ir en coche desde casa de tía Julia!

—¿Ibas á pie?, preguntó Aurette distraída.

—¡Iba en mi bicicleta!, respondió el niño con aire de triunfo. En el liceo no guardan las bicicletas, así es que no sabía dónde ponerla; pero al fin encontré un sitio.

—¿Dónde?

—En casa de mi amigo el Sr. Villandré; allí la dejaba y allí la recogía. Hay una criada vieja, algo gruñona, pero no es mala.

Juan prosiguió su charla hasta llegar al Nido; lo que decía, sin embargo, ya no interesaba á Aurette.

¡Qué hermoso estaba el Nido en la transparencia de una tarde de verano! Las colinas bañadas por una niebla azulada, tenue como un velo de novia, ¡formaban un marco tan apropiado al sinuoso río! Los bosquecillos del valle, agrupados como en un parque inmenso, ¡destacaban de un modo tan bello su masa oscura sobre las claras praderas pobladas de indolentes rebaños!

—No, no podría abandonar el Nido, se dijo Aurette; viviré en él con mi pensamiento, ya nunca sola, y más adelante, será lo que Dios quiera.

Sus flores la festejaban y nunca se había creído tan rica en perfumes y en colores; y su viejo perro Bruno, rejuvenecido al verla, se enderezó como otras veces para poner las patas en sus hombros.

—Bruno te abraza, dijo Juan asombrado; hacía mucho tiempo que no había abrazado á nadie. ¡Si estará contento!

Muy contento, en efecto, estaba el viejo Bruno. Aurette nunca hubiera creído que el pobre perro pudiese sufrir tanto con su ausencia; sus criados le dijeron que el animal había pasado aquellos cuatro tristes días tendido delante de la puerta del salón sin querer tomar más alimento que leche.

—¿Te alegras de volver á verme, Bruno?, dijo Aurette enternecida.

El animal movió la cola y echó á andar detrás de ella á paso largo, con el hocico en la mano de su ama, que ésta dejaba colgar, y sentándose enfrente de ella, cuando Aurette se detenía, para contemplarla con expresión acariciadora. Juan se paró pensativo delante del perro.

—Dime, tía Aurette, ¿era amigo tuyo antes que yo, es decir, antes de que yo viniera aquí? ¿Es más viejo que yo?

—No mucho; un año quizás, ó diez y ocho meses; pero un perro á los nueve años ya es viejo.

—¿Entonces no vivirá mucho más?

—No sé; ha habido perros que han vivido hasta veinte años.

—Veinte años! Cuando yo tenga veinte años seré un joven... Y tú, tía Aurette, ¿qué edad tendrás?

—Cuando tú naciste, tenía yo veinticuatro años, conque saca tú mismo la cuenta.

El niño quedóse un instante silencioso.

—Pero siempre serás joven, dijo, y siempre bonita. ¿Era bonita mi mamá?

—Sí, respondió Aurette, conmovida por esa evocación súbita de la embriagadora belleza de la joven madre, muerta tan prematuramente.

—Y también serás siempre buena..., ¿era buena mi mamá?

—Te quería mucho, dijo Aurette posando en el huérfano una mirada misericordiosa que había perdonado desde hacía mucho tiempo.

—¡Es una lástima que la gente se muera!, exclamó Juan mirando al perro, que entonces estaba echado sobre la arena con el hocico entre las patas delanteras. Se muere la gente, los niños se quedan sin padre y sin madre..., también murió tu padre, mi abuelo..., yo le quería mucho. Y Bruno morirá... Y cuando yo estudie en Saint-Cyr ó en la Politécnica, tú no tendrás á nadie..., estarás enteramente sola, tía Aurette... ¡No será muy alegre, que digamos!

—¡Falta tanto tiempo todavía!, dijo la señorita Leniel sonriendo, á pesar de que la evocación de su porvenir por aquellos labios infantiles la había hecho palidecer. No pensemos en ello. ¡Pueden suceder tantas cosas de aquí á entonces!

—¡Tantas cosas! ¿Qué cosas? ¿Qué es lo que puede suceder?.. Dime, tía Aurette, ¿por qué no te has casado?

Después de las luchas que consigo misma había sostenido recientemente, aquella situación era para Aurette demasiado cruel. Sintiendo que las lágrimas se agolpaban en sus ojos, se levantó, volvió la cabeza fingiendo mirar á lo lejos y entornó los párpados; pero con ello no había burlado la vigilancia de Juan, quien, adivinando la lucha entablada en el corazón de su tía y con la persistencia propia de su edad, quería saber lo que tanto le intrigaba. Así es que, cogiendo la mano de Aurette, repitió su pregunta.

—¿Por qué no te has casado, di? Bien se casó tía Julia, que si es más joven que tú, en cambio no es tan bonita, ¡oh, no!

Aurette, que había contenido sus lágrimas y ahogado el sollozo que le oprimía la garganta, hizo un nuevo esfuerzo y contestó:

—Tu abuelo estaba enfermo y no podía quedarse solo; y como tía Julia se casaba, era preciso que alguien le cuidara; ya ves, pues, que no podía marcharme.

Juan la contemplaba teniéndola cogida de la mano.

—¿De modo que te sacrificaste?, dijo en voz baja después de un instante de meditación. Y ahora, ¿por qué no quieres casarte tampoco? ¿Será tal vez por mí?

—¡Dios mío!, exclamó Aurette casi espantada. ¿En dónde buscas esas ideas?

—No las busco, respondió ingenuamente el niño; vienen solas. Porque has de saber que pienso mucho.

—Demasiado; no hay que pensar tanto en esas cosas impropias de tu edad. Más adelante será ocasión de pensar en ellas.

—¡A ver quién me explica esa contradicción!, exclamó Juan con su malicia infantil. Los profesores nos dicen: «¡Sobre todo reflexiona!», y mi tía Aurette dice: «¡Sobre todo no pienses tanto!»

—No se trata de cosas iguales, replicó la joven con acento de leve reproche.

—¡Sí, sí! ¡Es algo in-con-ci-liable!, dijo Juan marcando las sílabas y poniéndose á gatas para acariciar la peluda frente de Bruno. ¡In-con-ci-liable! ¡Vaya una palabra útil! Los diccionarios dicen que inconciliable significa cosas que no pueden ir juntas... ¿Serías tú acaso inconciliable con el Sr. Villandré?

—¡Juan!, exclamó Aurette escandalizada.

—¡Diantre! Buenos amigos erais el día de la tempestad, cuando fui..., en fin, cuando cometí aquella tontería; y después os miráis como si apenas os conocierais.

—Mas no por eso dejamos de ser buenos amigos, repuso la señorita Leniel un tanto turbada; pero las personas mayores no son como Bruno ó mi sobrino Juan.

—No necesitan ponerse á cuatro patas ni besarse para demostrar que se quieren, dijo Juan con aquel acento medio serio, medio burlón, que había heredado de su madre. ¡Estaría gracioso!. ¡Vamos, Bruno! Nosotros no somos personas mayores; ven, pues, á jugar un rato conmigo.

El muchacho y el perro se revolcaron durante algunos instantes; pero Bruno, fatigado, dejó el juego y volvió á sentarse y á contemplar á su ama, mientras su compañero se consolaba haciendo ejercicios en la barra fija.

XIV

Después de dos días sin incidente alguno, en la mañana del tercero Aurette recibió un billete de Lucila que le anunciaba su visita para el lunes siguiente. Preparóse para ella el cuarto que había sido de Julia, y cuando la señorita Leniel examinaba si todo estaba en orden, apareció en el extremo de la alameda la señora Thomasset. Venía á pie, llevando en la mano la sombrilla cerrada y parecía hacer tan poco caso del calor como si el sol no se hubiese mostrado en el cielo durante ocho días. Aurette, que la había visto desde la ventana, apresuróse á bajar, no sin preguntarse á qué podría obedecer la presencia de la vieja aldeana en el Nido.

—¿La sorprende á usted el verme, no es verdad?, dijo la señora Thomasset, acompañando sus palabras con un rápido movimiento de cabeza. Quería hablar con usted; pero esté usted tranquila, que me iré pronto.

La señorita Leniel pronunció dos ó tres frases de cortesía y condujo á la visitante al salón, en donde le hizo sentar.

—Voy á explicar á usted de qué se trata, dijo la señora Thomasset después de haber inspeccionado á su alrededor como tenía por costumbre. Me dispongo á entrar en el convento de damas nobles de que le hablé, ¿se acuerda usted? No todas son nobles, pero sí distinguidas, muy distinguidas.

Cruzó las manos sobre la rodilla con profunda satisfacción. Aurette la miraba y la escuchaba con cierta curiosidad.

—Mañana entro en él, siguió diciendo la señora Thomasset, y he arreglado mis asuntos y vendido todas mis gallinas. Por cierto que en este tiempo no ponen y los pollos están muy flacos; era, pues, el momento oportuno de separarnos. Como iba diciendo, he arreglado mis asuntos. ¿Qué le parece á usted?

Aurette, perpleja ante aquella pregunta, no supo qué contestar, lo que pareció escandalizar en alto grado á la vieja, la cual arqueando mucho las cejas exclamó:

—¿Qué? ¿No me da usted por ello la enhorabuena?

—Para esto, señora, sería preciso saber cómo ha arreglado usted sus asuntos, respondió Aurette, á quien aquel ataque directo hizo recobrar el uso de la

palabra; y no me es lícito interrogar á usted sobre este particular.

—¡Bien contestado!, exclamó la señora Thomasset, volviendo á dar á sus cejas su posición normal. Pues bien: después de pensarlo, no se lo diré á usted; no vale la pena. Pero antes de entrar en el convento quería ver á usted, que tan bien se portó con mi sobrina cuando su boda.

—No merezco ese elogio, señora, dijo Aurette con cierta amargura.

—Sí, se portó usted muy bien, y mi sobrino igualmente. Además, he pasado unos días en casa de Lucila, mientras estaba ausente su marido. No me gustan los militares; ya creo habérselo dicho á usted; pero ése no está mal..., es mejor de lo que me figuraba.

Aurette estuvo á punto de decir que no habiéndole visto, puesto que estaba ausente, no podía saber nada de él; pero se calló, pensando que más prudente sería escuchar que discutir.

—Lucila es muy feliz con él; esto se ve desde luego. ¡Vaya un gusto! Pero, en fin, cada cual tiene el suyo, ¿no es verdad? De modo que ese matrimonio ha salido bien, de lo que me alegro mucho, pues así podré entrar tranquila en el convento de damas nobles.

«¡Egoísta!», pensó Aurette sin decirlo.

—De mi sobrino es de quien quería hablar á usted, siguió diciendo la señora Thomasset. Estoy contenta de Lucila porque ha engordado y esto le sienta bien; en cambio mi sobrino ha enflaquecido, y aunque la delgadez no le sienta mal, no estoy satisfecha de él porque no me gusta que la gente enflaquezca; cuando mis pollos pierden carnes es que algo malo les pasa.

Durante ese discurso, al parecer incoherente, Aurette había mudado de color varias veces; pero afortunadamente la señora Thomasset seguía inspeccionando las paredes del salón.

—Me figuro, prosiguió la aldeana, que mi sobrino se aburre desde que su hermana se casó, pues los dos estaban acostumbrados á vivir juntos, lo cual era más alegre; ahora Lucila tiene á su marido y no se aburre, naturalmente; pero á Natividad no le sucede lo propio. ¿No cree usted, señorita, que está hastiado?

—Lo ignoro en absoluto, aunque realmente es muy posible que la soledad...

—¿Verdad que sí? Esto mismo he pensado yo, y en el fondo creo que mi sobrino debería casarse.

La señorita Leniel, que no había previsto ese golpe, reprimió un estremecimiento, pero no pudo evitar que su rostro se cubriera de palidez. En aquel momento, la señora Thomasset miraba por la ventana.

—Un hombre, añadió ésta con acento autoritario y encogiéndose de hombros con supremo desdén, es un ser absolutamente incapaz; no sabe arreglar un armario, ni llevar una cocina, ni tiene idea de nada. Para poner orden en todo eso se necesita una mujer, pues de lo contrario el hombre no sabe siquiera lo que come. Natividad debería casarse. ¿Qué opina usted?

Viendo que Aurette nada contestaba, la señora Thomasset insistió levantando un poco la voz como se hace cuando se habla con personas sordas.

—¿No cree usted que Natividad debería casarse?

—Si lo desea, ¿por qué no?, respondió la señorita Leniel pesando cada una de sus palabras. Esto sólo á él concierne.

—Es que mi sobrino no es como los demás hombres, repuso la vieja visiblemente satisfecha de poder discutir; en primer lugar es un sabio, y un sabio es más incapaz aún que un hombre vulgar. Además, es orgulloso, ¿no lo ha observado usted?

La fisonomía de Aurette expresó que no se había fijado en esa particularidad del carácter de Villandré.

—No tiene un céntimo; ya sé que no tenía una gran fortuna, pero de todos modos nada es menos que poco. Tiene su paga, que no es despreciable, y si quisiese podría hacerse siete ú ocho mil francos al año..., lo que ya es algo. ¿No conocería usted, por ventura, alguna joven guapa, bien educada, rica..., que pudiera convenirle? Usted que conoce toda la mejor sociedad de Angers... Usted, ó su hermana, ó el doctor Rozel, porque al fin y al cabo, cuando un hombre es demasiado perezoso ó distraído para ocuparse él mismo de esos asuntos es preciso que por él se ocupen de ellos los demás. Usted casó á Lucila ¿qué le costaría, pues, casar á su hermano?

¡Casar á Villandré! ¡Y era á Aurette á quien esto pedía la señora Thomasset! Y ahora ésta la miraba esperando una respuesta y decidida á obtenerla aun cuando hubiera de levantar la voz más que la vez pasada. «¡Usted casamentera!» había dicho el profesor en otra ocasión. ¿Quién le había de decir entonces que un día habían de incitar á la señorita Leniel

á buscarle novia? Aurette juntó todas sus fuerzas para dar la contestación que le exigían.

—El caso no es el mismo, dijo; sin embargo, si el Sr. Villandré lo deseara, pareceme que yo podría encontrar entre nuestras relaciones alguna joven...

—Rica, insistió la señora Thomasset. No olvide usted que mi sobrino no tiene más que su paga y lo que pueda ganar dando lecciones; si caía enfermo, estaría condenado á la miseria, por lo mismo necesita una esposa con una buena dote... en interés de ambos. ¿No conoce usted alguna?

—Si el Sr. Villandré lo desea, miraré..., buscaré...

De pronto una luz siniestra iluminó el alma de Aurette.

—¿Ha sido él quien ha pedido á usted eso?, preguntó bruscamente.

—¿Mi sobrino? ¡Bueno es él para pensar en esas cosas! No, no me lo ha pedido.

—¿No cree usted, dijo Aurette con el valor que da la desesperación, que se haya fijado ya en alguna?

—¿Y usted?, preguntó á su vez la señora Thomasset mirándola fijamente.

Aurette se sintió peligrar, y al modo como al incendiarse una casa se arrojan los muebles por el balcón, respondió heroicamente.

—No tengo de ello la menor idea.

La aldeana fijó su mirada en el tapete de la mesa.

—Es una lástima, dijo; pues de esta manera se habrían simplificado las cosas.

Entonces la señorita Leniel, que sentía arder su sangre, tomó la ofensiva.

—¿Pero está usted segura, señora, de que el señor Villandré desearía casarse con una persona rica careciendo él de fortuna? ¿No cree usted que una dote cuantiosa sería más bien un obstáculo que una simplificación?

—¿Usted cree en el desinterés?

—En el del Sr. Villandré sí, porque lo ha demostrado, respondió Aurette mirándola con expresión de reto.

—Es verdad, replicó la anciana sin inmutarse, Veo que le conoce usted bien y que puedo fiar en usted para encontrarle una novia que le convenga; y en caso de que vacilara á causa de la diferencia de fortuna, hágale usted comprender que tal vacilación no es razonable. Cuento con usted, añadió levantándose.

Por vez primera en su vida alargó la mano á Aurette y sacudió vigorosamente la que la infeliz le abandonaba. Cuando estaba en la escalinata, previendo el ofrecimiento que iba á hacerle la señorita Leniel, le dijo:

—Muchas gracias, no quiero coche, prefiero ir á pie. En el convento caminaré seguramente muy poco, porque eso de andar como ahora ando es poco distinguido; allí se pasea despacio, porque es de buen tono. Ya me acostumbraré. Además, al principio serán indulgentes conmigo..., y luego que... si no soy noble, en cambio soy rica..., muy rica.

Y diciendo esto, guiñó el ojo con gran sorpresa de Aurette y bajó los peldaños de la escalinata.

—Me guardarán consideraciones, añadió. Hasta la vista, señorita; cuento con usted.

Estaba ya en mitad del patio, cuando se volvió.

—¿No está aquí su sobrino Juan? Lo siento. Salídele de mi parte. Me es muy simpático ese muchacho. ¡Hasta la vista!

Alejóse á grandes pasos, siguiendo la avenida; y aunque Aurette nada tenía de burlona, no pudo menos que pensar que le costaría á la señora Thomasset gran trabajo adoptar un paso lento de persona muy distinguida.

¡Oh, cómo hubiera querido volver á Quiberón, estar nuevamente sola, vivir con sus pensamientos! Casar á Villandré! Si Villandré se casaba, ¿qué sería de ella? ¿Podría ella soportar jamás la existencia de una mujer que fuese esposa de Natividad?

Aurette no había sabido nunca qué cosa eran los celos; pero en aquel momento, el monstruo entró en su alma de una sola vez y se instaló en ella como dueño absoluto. Después de todo, ¿qué sabía ella de las ideas, de los afectos de Villandré? Porque había creído percibir una mirada se había figurado que la amaba... ¡Una mirada! ¿Qué prueba una mirada? Podía muy bien haberse engañado, ya que no tenía la menor certeza del sentimiento que ella suponía. ¿Y si Natividad no la amase? ¿Si la señora Thomasset estuviese mejor informada de lo que quería aparentar?... ¿Y si realmente Villandré amase á otra?

Puesta en este camino, la imaginación de Aurette se desbocó. Era evidente que el profesor amaba á alguna á quien ella conocía; la señorita Thomasset lo había sabido ó adivinado, porque bajo su aparente ligereza se ocultaba seguramente una gran perspicacia; y la señorita Leniel, interrogada con habilidad, tendría que mediar, antes de poco, para facilitar las explicaciones.

¡Pobre Aurette! La elevaban ya á la categoría de las personas respetables encargadas de negociar los matrimonios, y era el mismo Villandré quien... El golpe era cruel y los ojos de la «casamentera» se llenaron de lágrimas; pero, sintiéndose demasiado profundamente ofendida para ceder   la sorpresa del dolor, recobro su serenidad y concentró todos sus esfuerzos en cosas insignificantes á fin de ahuyentar las ideas dolorosas.

La visita de Lucila, que en otras circunstancias le habría sido muy grata, no le procur  descanso ni alivio; Aurette, con la ferocidad que se despliega en enconar una herida abierta, se dedicó   interrogar   su amiga acerca de los sentimientos de su hermano. La cosa no podía ser más sencilla, porque  caso no había sido Lucila la que primeramente había tocado este asunto? No había, pues, en ello la menor indiscreción. Abandonado y reproducido cien veces, ese tema irritante acabó por constituir en Aurette una especie de obsesión; pero cuanto más sufría tratándolo, tanto más se esforzaba en hablar de él, esperando tal vez obtener de su amiga una aclaración definitiva.

— Conque usted cree que el Sr. Villandré siente una pasión contrariada?, preguntó por décima vez mientras cortaba flores para renovar los ramos del salón.

—Contrariada..., eso quisiera yo; pero no s  nada, respondió Lucila,   quien esos repetidos interrogatorios habían obligado á profundizar la cuestión más de lo que hasta entonces había hecho.

— C mo, eso quisiera usted?, exclamó Aurette estupefacta, con la podadera en alto.

—Después de todo, me pregunto si mi hermano amar    una mujer casada.

— Casada!, dijo Aurette dejando caer con desaliento el brazo que sostenía la podadera.  Por qué cree usted que se trata de una mujer casada?

—Porque de no ser así,  a qué vendría que mi hermano estuviera tan grave y preocupado? Al fin y al cabo no hay muchacha inaccesible para un hombre honrado...

La señorita Leniel sentía como si una mano inexorable le apretara el corazón y parecía que bajo esa intolerable tortura su sangre manaba gota   gota.

—Pero  y si la muchacha fuese muy noble...   muy rica?, preguntó.

—Muy noble no puede ser, porque no conoce ninguna de la cual pudiera estar enamorado; muy rica..., tal vez... Y sin embargo,  ser a la fortuna un obstáculo insuperable?

—Desde mi punto de vista no, pero  desde el suyo? No sería esto motivo bastante. Lo que me hace pensar en una mujer casada es el silencio que guarda; la persona á quien ama debe ser imposible para él y esto es lo que me da miedo.

Lucila ignoraba evidentemente la visita de la señora Thomasset y Aurette nada dijo sobre la misma, porque todo cuanto se relacionaba con ese orden de ideas le parecía doloroso en extremo.

—Por lo demás, añadió Lucila, en tanto que Aurette seguía cortando flores y ramos del arbusto que iba cargando en los brazos de su amiga, mi hermano vendrá   buscarme antes de comer y usted le verá; procure usted hacerle hablar mientras yo me pondr  el sombrero... Siente por usted un gran respeto, una especie de veneración, y tal vez podr  usted lograr de él alguna confidencia.  Si usted supiera lo que daría yo por verle dichoso!

Aurette regres  lentamente   la casa escamondando y recortando por el camino los tallos floridos que destinaba   sus jarros. Lucila seguía distraída. En esto apareció Brochet con un telegrama que entregó   la señora Lenoisy.

—Mi marido llega á las cinco, dijo después de haber leído, y he de marcharme en seguida   Angers. No le esperaba hasta mañana y tengo que disponer una porción de cosas, entre ellas la comida que había

preparado para mí sola. Me dispensará usted,  no es verdad?

—Brochet acompa ar    usted, repuso la señorita Leniel sonriendo ante aquellas manifestaciones de inquieto cariño, tan naturales y tan delicadas por su ingenuidad.

—Si viene mi hermano, conf esele usted, dijo Lucila al despedirse media hora después de su amiga.

XV

Aurette volvió al jardín; no tenía nada que hacer y estaba casi aburrada. En medio de la turbación de sus



En tanto que Aurette seguía cortando flores y ramos del arbusto

sentimientos, la charla de Lucila la entretenía y la acompañaba; el anuncio de la visita de Villandré no era lo más   propósito para tranquilizarla.

— Qu  le dir —pensaba—y qué cara pondr  él? Hubiera debido rogar   Lucila que le participase su repentina marcha, pero habría tomado esto por descortesía. En fin, quizás estará all  Juan para salvar la situación.»

El gran deseo que en un principio había sentido de ver á solas al profesor, hab ase desvanecido al contacto de aquellas conversaciones importunas; la señora Thomasset, de una parte, y de otra Lucila, habían arrancado hasta la última partícula del atercio-pelado plum n de las inquietudes de Aurette. La melancolía de Natividad, desde el momento en que era discutida, dejaba de ser aquella cosa misteriosa y sagrada en la que ella había creído ver un amor mudo para convertirse en la perplejidad de un joven que va en busca de una esposa.

«No debiera hablarse nunca de lo que es objeto de nuestros más caros afectos—dijose Aurette con cierto desaliento;—hablando de ello, lo que es una impresión deliciosa se trueca en charla trivial.»

Ese juicio severo de sí misma no tenía nada de consolador; no quiso, pues, volver á la casa, porque cuando se sentía mal dispuesta, el aire libre le parecía siempre el mejor remedio contra su hastío.

Bruno no tard  en reunirse; echado sobre la arena,   sus pies, dormitaba mirándola de cuando en cuando con ligeros estremecimientos nerviosos. Dos ó tres veces dejó oir una especie de gemido que no llamó la atención de su ama, la cual clavaba y sacaba metódicamente la aguja en el dobladillo de una sábana amontonada   sus pies como el zócalo de una estatua.

Avanzaba la tarde; el sol calentaba menos y la brisa agitaba las hojas de los plátanos; Aurette pens  que Villandré ya no ir  al Nido, y entonces se dió cuenta de que, después de haber temido tanto aquella visita, aún habría algo más desagradable que recibirla, y sería verse privada de ella.

En el momento en que esto pensaba, apareció Brochet acompañando al profesor, á quien dejó avanzar solo.

— Se ha marchado mi hermana?, preguntó éste después de haberse sentado enfrente de Aurette, que dejó su labor.

—Ha recibido un telegrama de su marido diciéndole que volvería antes de lo que ella esperaba.

—Vengo directamente de casa; Juan no tardará en venir, pero no he podido esperarle porque tenía que hacer una diligencia... De modo que está usted sola, señorita...

—Con Bruno, respondió Aurette.

Toda su cólera, toda su indignación, todos sus celos, toda aquella armazón levantada por su imaginación inquieta, se venía abajo convirtiéndose en polvo que en seguida desapareció.  C mo había podido acusar, hacía un instante, de mezquindad y de disimulo al hombre que estaba sentado delante de ella y cuyos menores movimientos respiraban franqueza! Además   estaba tan tranquilo!  Qu  había sido de aquellas supuestas agitaci nes, de aquella tristeza? Natividad parecía muy indiferente   las pequeñas preocupaciones de la vida; aquella calma se comunicó   Aurette y ambos se pusieron   conversar como si   su coloquio asistiera un numeroso público.

De pronto Bruno se levantó, lanzando un grito lastimero; quiso dar un paso, pero su cuarto posterior cayó al suelo pesadamente; otras dos veces intent  moverse, pero luego se tumb  con los ojos convulsos.

— Bruno, mi fiel Bruno!, exclamó Aurette arrodillándose junto   él.  Qu  es lo que tiene, señor Villandré?

El profesor se había arrodillado al otro lado y buscaba el corazón del animal. La señorita Leniel cogió entre sus manos la

gran cabeza peluda de su viejo amigo, que se la abandon  como una cosa inerte. Un ligero temblor convulsivo agitaba de cuando en cuando al pobre perro.

—Sr. Villandré, dijo Aurette en voz baja y con acento de indecible conmiseración; est  muy malo,  no es verdad?

—Tiene un ataque de parálisis...

—Mande usted   Brochet por un veterinario; que vaya á caballo..., por favor, Sr. Villandré.

En esto acerc base Juan cantando y saltando; Villandré, sin levantarse, levantó una mano para advertirle y el niño se par  en seco.

—V yase, Juan, dijo el profesor, v yase   casa, amigo mío, y d jenos usted solos.

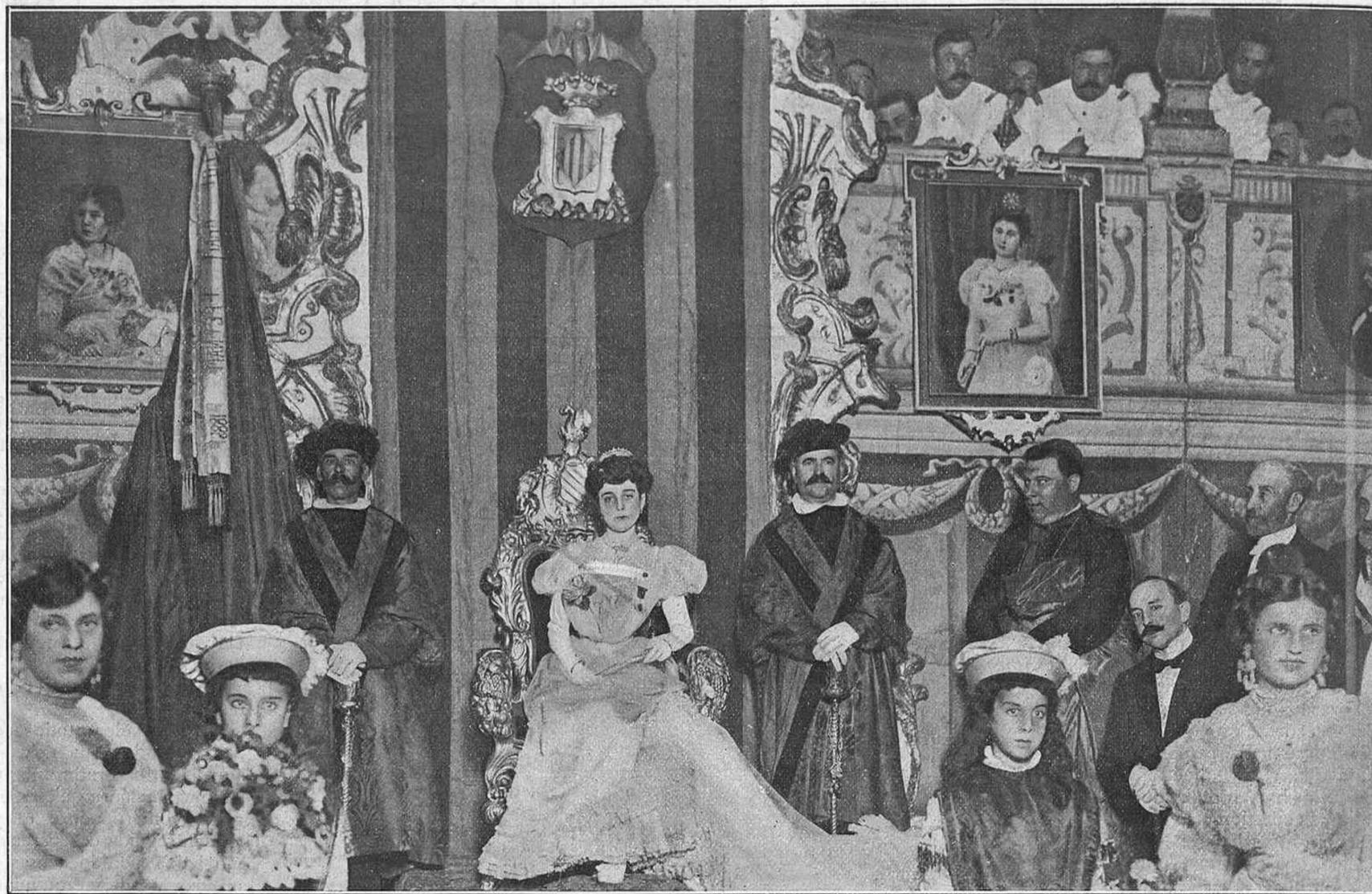
El muchacho obedeció en seguida, aunque   rega nadiantes, y ni una sola vez volvió la cabeza.

—Señorita, siguió diciendo Natividad en voz baja; también usted debería retirarse.

—Se va á morir,  no es verdad?, murmur  Aurette con una mirada de resignación y de lástima.  Pobre Bruno, pobre compañero mío! Hemos vivido muchos años juntos..., le quiero y no hay que censurarme por ello.

Quiso mostrarse animosa, pero en vano, pues de sus ojos brotaron las lágrimas, que fueron á caer sobre el pelo del animal moribundo.

(Se continuará.)



Valencia.—Los Juegos Florales del «Rat Penat.»—La reina de la fiesta señorita D.^a Margarita Ruiz de Libori en su trono.
(De fotografía de Barberá.)

VALENCIA

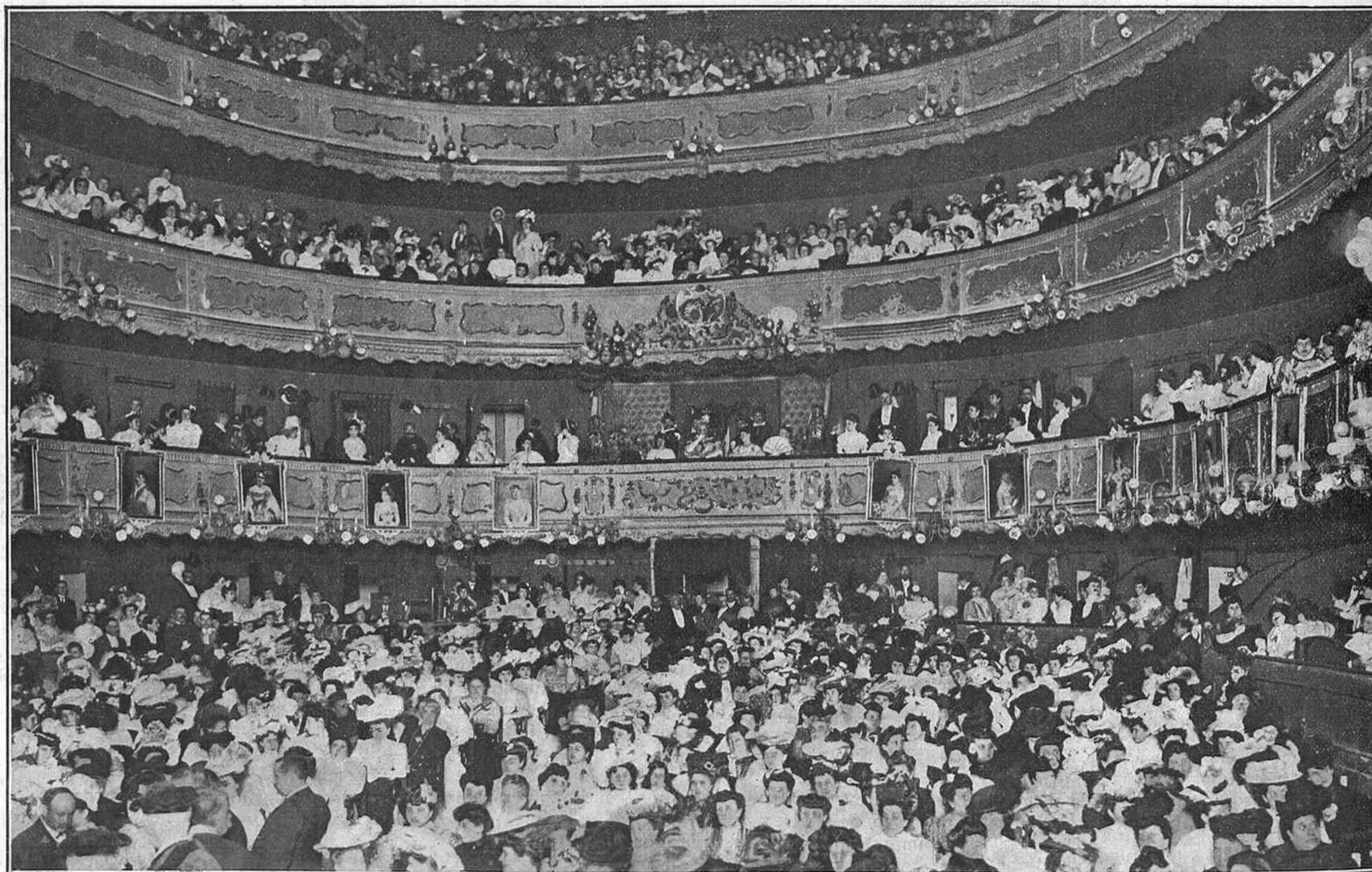
LOS JUEGOS FLORALES DEL «RAT PENAT» LLEGADA DEL SR. KINDELÁN

La presencia de S. A. la infanta D.^a Isabel ha aumentado la brillantez tradicional de los Juegos Florales que anualmente se celebran en Valencia.

La fiesta se efectuó en el teatro Principal en la noche del 30 de julio último; en el estrado, un artístico dosel de ricas telas con las barras de Aragón cobijaba la *cadira d'or* que había de ocupar la reina de la fiesta; en el palco central hallábase la infanta, acompañada de la duquesa de Nájera y de la marquesa de Malferit; los retratos de las reinas de años anteriores adornaban los antepechos de los palcos de primer piso.

El presidente del «Rat Penat» señor barón de Alcahalí abrió

la fiesta con un hermoso discurso, terminado el cual el secretario del Jurado procedió a la lectura de los nombres de los poetas premiados. Al pronunciar el de D. Teodoro Llorente, agraciado con la flor natural, el público tributó a éste una ovación entusiasta. El Sr. Llorente ofreció la flor a la infanta, quien delegó el honor que se le otorgaba en la bella y distinguida señora doña Margarita Ruiz de Libori, hija del barón de Alcahalí, que entre los acordes de la marcha real pasó a ocu-



Valencia.—Los Juegos Florales del «Rat Penat.»—Aspecto de la sala del Teatro Principal, en donde se celebró la fiesta.
En el palco central S. A. la infanta D.^a Isabel con las Excmas. Sras. marquesa de Malferit y duquesa de Nájera. (De fotografía de Barberá.)



Valencia.—Llegada del capitán de Ingenieros Sr. Kindelán, el intrépido aeronauta que, tripulando el globo «María Teresa», estuvo á punto de perecer en el mar después de haber permanecido más de veinticuatro horas en el aire (De fotografía de Barberá.)

par el trono. La poesía premiada, así como otra del mismo autor dedicada á S. A., fueron acogidas con estruendosos aplausos.

Después de la distribución de los demás premios, leyóse un mensaje dirigido al Sr. Llorente con motivo de la celebración de sus bodas de oro de poeta, por cumplirse ahora cincuenta años de la publicación de su primera poesía valenciana. La lectura del mensaje y la entrega al Sr. Llorente de una corona de laurel produjeron una nueva explosión de entusiasmo.

Terminó el acto con un magnífico discurso del P. Calpena, rector de San Francisco el Grande de Madrid, quien en elocuentes períodos habló de la poesía, del regionalismo y de la idea de patria, siendo saludado al final con ruidosos aplausos.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se asocia con sincero entusiasmo al homenaje que Valencia ha tributado á D. Teodoro Llorente, y se complace en testimoniar su afecto y su admiración al inspirado vate, gloria de las letras valencianas.

La llegada á Valencia del Sr. Kindelán ha revestido las proporciones de grandioso acontecimiento. No hemos de referir minuciosamente la arriesgada aventura de que ha sido protagonista el intrépido capitán de Ingenieros que durante dos días tuvo en angustiosa ansiedad á toda España, porque la prensa diaria la ha relatado ya con todos sus interesantes pormenores. Tripulando el *María Teresa*, de 600 metros cúbicos, tomó parte el Sr. Kindelán en el concurso aerostático que se efectuó en la tarde del 24 del pasado julio en aquella ciudad, y por espacio de diez y siete horas estuvo el globo á merced de tempestuosas corrientes aéreas que, empujándolo hacia el mar, lo llevaron primero hacia las Baleares, luego hacia el golfo de Lyon y finalmente hacia el Sur. A las doce y media del día 25 la barquilla penetró en el agua, sosteniéndose así hasta las siete, hora en que el aeronauta hubo de abandonar el globo y echarse al mar; dos horas después, cuando ya las fuerzas le

faltaban, fué salvado por el vapor mercante inglés *West-Point*, que un rato antes había recogido al *María Teresa* y que desembarcó al naufrago en Garrucha.

La noticia del salvamento produjo universal satisfacción. El Sr. Kindelán marchó inmediatamente á Madrid á abrazar á su madre, y solicitado por los valencianos, volvió á Valencia, adonde llegó el día 31, siendo recibido por las autoridades, representaciones de centros y entidades, muchos jefes y oficiales de todos los institutos armados y por una multitud inmensa que no cesó un momento de aclamarle desde que descendió del tren hasta que entró en la Capitanía general.

Del espectáculo que ofreció Valencia con motivo de la llegada del Sr. Kindelán da perfecta idea la fotografía que en esta página reproducimos y en la que se ve al valeroso capitán de pie en el coche, correspondiendo á los saludos entusiastas del público. — T.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, Paris.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

PECHO IDEAL
Desarrollo - Belleza - Dureza de los PECHOS en dos meses con las Píldoras Orientales, únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Fama universal. J. RATTÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Verdeau, PARIS. Un frasco se remite por correo, enviando 7'50 pesetas en libranzas ó sellos á Cebrián y C.ª, Puerta Ferrisa, 18, Barcelona. De venta en Madrid: Farmacia Gayoso, Arenal, 2. En Barcelona: Farmacia Moderna, Hospital, 2.

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
* Célebre Depurativo Vegetal cura las ENFERMEDADES DE LA PIEL Vicios de la Sangre, Herpés, Acne. EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C.ª, 102, R. Richelieu, Paris. Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris. Exigir la Firma WLINSI. DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición. EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS FUMOUGE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.



La comida del obrero, cuadro de León Frederic, existente en la Galería de Bruselas

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
de **BLANCARD**

EXIGIR LA SIGNATURE

APROBADAS
por la
Academia
de
MEDICINA

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

Depósito. BLANCARD & C^o, 40, R. Bonaparte, París.

AVISO Á
LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS
JORET HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ca} G. SEGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Paris

DATA de 1849

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa GANDES

84 St-Denis, 46

VINO AROUD

CARNE-QUINA
el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Enfermedades del Estómago y de los Intestinos,
Convalecencias, Continuación de Partos,
Movimientos febriles é Influenza.
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVOR**. **DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN